

**CAPÍTULO II**  
**LAS FARC: PATRIA SOCIAL Y**  
**REPERTORIOS EMOTIVOS SOBREPUESTOS**



Este capítulo está dividido en tres apartados que exploran rasgos de la autorrepresentación de las Farc y que identifican los contenidos y recursos retóricos utilizados en los discursos emocionales que ese grupo hace de sí mismo. Un acápite se dedica a analizar a las Farc como patria social de un grupo de campesinos que buscan constituir un nosotros. El segundo muestra la forma como aparece y se usa la historia en la autoimagen como movimiento campesino y en la imagen de organización revolucionaria. El tercer apartado reconstruye la representación que las Farc hacen de sí mismas cuando se refieren a la desmovilización y cuando tratan de hermanarse con sectores sociales determinados.

## LAS FARC COMO PATRIA SOCIAL

Las Farc se presentan a sí mismas como una organización que defiende a los campesinos<sup>1</sup> y que representa para ellos la vía de integración o inclusión en la sociedad y el estado nacional. La organización es el modo de existencia grupal de

---

1 Algunos autores han llamado la atención sobre las dificultades del término “campesinos”. Nosotros aquí reconocemos la importancia del mestizaje y los procesos de poblamiento y articulación política colonial y republicana en la definición y conformación de ese campesinado (Guillén, 1996; González, 1997). Siguiendo a Legrand (1988), insistimos en que los campesinos colombianos han estado intensa y activamente interesados en afianzar la relación con el estado y conectados, aunque de forma subalterna, con los circuitos de la economía de agroexportación. Además, recogemos la insistencia de Barrington Moore en que, más allá de las múltiples diferencias en la definición de lo que es un campesino, se destacan algunos elementos clave: “una historia previa de subordinación a una clase alta rural reconocida e impuesta por las leyes —las cuales, sin embargo, no siempre prohíben el traspaso a otra clase—, acusadas diferencias culturales y un grado considerable de posesión de facto de la tierra” (Moore, 1991: 450). Cuando estaba terminado ya el grueso de este libro fue publicado el interesante trabajo de Renán Silva sobre sociedades campesinas que, sin duda alguna, contribuirá a precisar los rasgos del campesinado colombiano en las fechas de fundación de las Farc y aun ahora (Silva, 2006).

un conjunto de pobladores que no tienen la posibilidad de actuar colectivamente por otra vía que no sea la agrupación armada.

### **Un nosotros que lo abarca todo: cuando era civil no era nada**

En sus distintas producciones verbales, las Farc se presentan como un poderoso y ambicioso nosotros que se desplaza permanentemente entre un puñado de 48 heroicos marquetalianos, 48 hombres, un movimiento campesino, un grupo de colonos, verdaderos combatientes revolucionarios, la oposición armada, un ejército y el pueblo en armas (ver, especialmente, Farc 1, 2, 20, 40, 41, 93). La organización guerrillera está orientada hacia la conquista de una forma de existencia social significativa para grupos de campesinos que sienten que han sido sistemáticamente expulsados y excluidos de la sociedad y el estado nacionales. En sus distintos textos, las Farc describen los diferentes avatares que el nosotros ha tenido que enfrentar, se esfuerzan por demostrar su existencia y por explicar por qué les toco armarse (ver, especialmente, Farc 20).

En un comunicado que celebra los 35 años de las Farc, y que fue publicado en plena época de negociaciones, se lee:

De esta manera, obligados por las circunstancias, el 27 de mayo de 1964, en Marquetalia, nació para Colombia la organización guerrillera Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Farc. El 20 de julio de ese mismo año, en asamblea de los heroicos marquetalianos que resistían a la agresión oficial, se aprobó el programa agrario de los guerrilleros, resumen de la estrategia de lucha de las Farc, que en uno de sus apartes, dice: “nosotros somos revolucionarios que luchamos por un cambio de régimen. Pero queríamos y luchábamos por ese cambio usando la vía menos dolorosa para nuestro pueblo: la vía pacífica, la vía de la lucha democrática de las masas, las vías legales que la Constitución de Colombia señala. Esa vía nos fue cerrada violentamente y como somos revolucionarios que de una u otra manera jugaremos el papel histórico que nos corresponde, obligados por las circunstancias arriba anotadas, nos tocó buscar la otra vía: la vía revolucionaria armada para la lucha por el poder”. (Farc, 41)

Se trata de un texto interesante, pues muestra algunos de los ejercicios de definición del nosotros: entre “heroicos marquetalianos” y revolucionarios. Más adelante reconstruimos esta transmutación; aquí, interesa mostrar que las Farc es el único nosotros al que tienen acceso distintos grupos de pobladores, es su patria social. Como otras organizaciones armadas estudiadas por Elias, las Farc ofrecen a ciertos hombres “un sitio de refugio, menos comprometido con el contexto de la familia, una segunda patria, un escudo contra el aislamiento, una respuesta a las

necesidades de amor, amistad y afirmación del sentido de autoestima a través de la inclinación y el afecto de otros individuos” y a través de dar una tarea que provea de sentido a la vida individual y a la existencia colectiva (Elias, 1999: 232). En la medida en que las Farc operan como patria social, se van debilitando “los otros lazos con el más amplio ámbito de poder” (Elias, 1996: 168). En las producciones verbales de las Farc no hay referencia a identidades o formas de filiación regionales y sectoriales —como sí sucede en el caso de las Auc—. Los comandantes ni siquiera hablan en términos de yo. Por supuesto, firman los comunicados con sus respectivos alias, pero no cuentan trayectorias personales o biografías, como sí sucede en el caso de los distintos líderes de las Auc. Incluso, cuando se les interroga por asuntos “personales”, muy rápidamente vuelven a insistir en que son farianos. En una entrevista a Jorge Briceño, alias el Mono Jojoy, se lee:

—Usted tiene fama de ser un hombre duro. ¿Cuál es el lado humano suyo para mostrárselo al país?

—(Carcajadas.) El lado humano es que soy, ante todo, un guerrillero y estoy con ustedes mostrando lo que son las Farc... Aquí hay una dirección colectiva que responde por toda la línea política, militar, financiera de las Farc. (Farc, 22)

Más adelante, el mismo texto señala:

—Pero usted dice que tienen derecho a caminar por Bogotá, Medellín y otras ciudades del mundo. ¿Quiere hacerlo con fusil?

—Claro, mucho mejor. Que el pueblo lo conozca a uno tal cual es. Porque cuando era civil no era nada. Me he hecho en las armas. (Farc, 22)

Es precisamente la insistencia en que “se han hecho en las armas” la que aclara nuestra referencia a las Farc como patria social de un conjunto de pobladores que no tienen otros canales u otras formas de actuar colectivamente, de ir más allá de lo que son como individuos y que por eso subordinan a ese nosotros los distintos lazos sociales<sup>2</sup>. Eso, aun cuando a las Farc se vinculan permanentemente hermanos y familias enteras. De ahí que sea importante reconsiderar cómo el nosotros “organización armada” predomina ante el yo, pero se monta sobre otras formas de vinculación social rural.

---

2 En una entrevista, un ex combatiente de las Farc comenta: “Cuando entré en la guerrilla no pensaba en ella [su madre], en nadie, porque eso es tener ideas revolucionarias, olvidarse de la familia y no dársele [sic] nada: eso es ser guerrillero, consciente de la lucha revolucionaria” (Cárdenas, 2005: 129). En una dirección similar se orientan algunas de las entrevistas recogidas por Ferro y Uribe (2002).

El hecho de que el nosotros de las Farc lo abarque todo y asigne al yo un lugar restringido tiene que ver tanto con el carácter voraz de la institución y su grado de consolidación como con el “desprecio izquierdista” de la vida personal y familiar (Coser, 1978). Sobre esos rasgos se construye un discurso emocional que subraya la existencia de un colectivo, de un nosotros que recoge distintos grupos sociales y que les permite “ser algo”, salir de una situación de “civiles” en la que “no eran nada”.

### **Maltratados por los intocables: revolucionarios, no bandoleros**

Los distintos comandantes de las Farc esperan que las negociaciones de paz se traduzcan en un mayor conocimiento de la sociedad sobre la guerrilla. En una rueda de prensa le preguntaron al Mono Jojoy qué esperaba del proceso de diálogo, y él contestó:

Primero que todo que conozcan a las Farc y sepan por qué luchan. Porque a ellos les han vendido una imagen negativa de la guerrilla, lo que no es la guerrilla. Necesitamos que nos miren, que nos toquen, que nos escuchen y vean qué es lo que planteamos y reconozcan que en este país hay una guerra de una insurgencia contra un Estado. (Farc, 21)

Pero que los otros sepan, conozcan, miren y toquen lo que son “en realidad” las Farc implica hacer frente a un conjunto de dificultades. En una entrevista, Manuel Marulanda comentó:

Siempre supimos que este iba a ser un proceso complejo, largo, y de muchos obstáculos. Desde el propio 7 de enero en San Vicente del Caguán lo volvimos a constatar. Las autoridades presentaron muchos problemas para la ceremonia de inauguración de los diálogos en esa localidad de esta parte sur del país. Se negaban a dejar escuchar el himno de las Farc y a izar nuestra bandera. Aunque luego accedieron, eso era sólo el comienzo [...] Si eso fue así podré imaginar cómo será cuando nos pongamos, si es que sucede, a profundizar en cada uno de los diez puntos básicos comprendidos en la plataforma política. Insisto en nuestra voluntad de trabajar por la paz. Soy optimista pero con límites. (Farc, 34)

Escuchar el himno e izar la bandera son actividades políticas legítimas y llenas de sentido emocional, cuando se trata del himno y la bandera nacionales. De hecho, el vínculo afectivo con los símbolos oficiales de la nación encarna la vida emocional aceptada políticamente<sup>3</sup>. Sin embargo, Marulanda recuerda todas las resistencias

---

3 Es interesante subrayar que la política moderna no condena todas las emociones, sino aquellas que se orientan a grupos distintos al estado nacional.

que estos actos desatan cuando se trata de los símbolos de una organización insurgente que, precisamente, se está disputando su propia existencia social como colectivo diferenciable y opuesto al estado. La lucha de las Farc por mostrar que existen se traduce en constantes reclamos a distintos sectores sociales para que se refieran a ellos como verdaderos revolucionarios, y en quejas contra el estado por las campañas que lleva a cabo en contra de la organización armada (Farc, 20, 93, 115, 161). Las Farc construyen un discurso emocional que subraya su carácter de organización política y que nada tiene que ver con las distintas formas de delincuencia que existen en el país.

Marulanda señala en la Instalación de la Mesa:

Consideramos que es necesario, para ambientar el proceso de paz que hoy se inicia, que nuestros adversarios terminen con el lenguaje calumnioso de narcoguerrilleros, bandidos, terroristas, narcobandoleros, etcétera, porque la confrontación no se gana con sandeces... (Farc, 20)

Tiempo después, y ante la supuesta negativa de los medios de comunicación a ir a la inauguración de la nueva sede de los diálogos, Nueva Colombia, como forma de reclamar por el secuestro del periodista Guillermo “la Chiva” Cortés, Marulanda dice en una carta a estos sectores:

También hoy, al igual que siempre, seguimos recibiendo mal trato de parte de ustedes con los calificativos de terroristas, secuestradores, asesinos, violadores de los derechos humanos, narcotraficantes... La información la presentan, con relación a la insurgencia, intencionalmente parcializada a favor de visibles intereses creados: mientras que al Estado y a la dirigencia política de ambos partidos, responsables del actual estado de cosas, no le dicen nada sobre el particular. [...] Pienso que hacer estos señalamientos y disentir de la forma grosera como se manipula la información, no es una amenaza para la libertad de prensa, a menos que ustedes crean que están por encima del bien o del mal, o dentro de los intocables por ser Directores de medios de comunicaciones, al servicio de los grandes monopolios. Esto, yo no lo sabía por estar tan distante de la civilización, lo que sí sabía, es que con el correr del tiempo las coronas de los reyes han caído en todo el mundo [...] Llevamos 35 años de confrontación con el Estado por cambios estructurales en el país, sin haber contado con la colaboración de los medios de comunicación, siempre hemos sido descalificados como organización revolucionaria, y hasta como personas, desconociendo incluso nuestros propios nombres. (Farc, 58)

Reproducimos en extenso fragmentos de la carta de Tirofijo a los medios de comunicación en febrero de 2000, porque capta bien el tono que tienen varios de sus señalamientos. De hecho, esta declaración fue antecedida por otros pronuncia-

mientos orientados en la misma dirección y que resultan muy reveladores de la forma como el comandante Marulanda siente que los tratan —a él y al nosotros de las Farc— los medios. En el mismo contexto de inauguración de la nueva sede para los diálogos, se produce el siguiente intercambio:

¿Es cierto que usted no participa en actos públicos porque no habla bien y le da pena que noten que no es letrado?

Son inventos de los medios y sus jefes, porque yo le hablo a todo el mundo. En un teatro, a 20.000, a todos los que quieran que les hable les hablo.

¿Por qué tan reacio a atender a los periodistas?

Lo que pasa es que los jefes tienen muchas deudas conmigo y eso tenemos que cobrarlo. Eso lo vamos a cobrar.

¿Cuáles jefes?

¿Cuáles son los jefes de ustedes? Todo lo tergiversan, nunca dicen la verdad, y nos dan trato incorrecto. Por ejemplo, nos tratan de terroristas, entonces, ¿para qué quiere hablar con terroristas? Nos tratan de secuestradores, entonces ¿para qué quieren hablar con secuestradores? Ellos tienen deuditas con nosotros.

¿Y cree que utilizar cilindros de gas no es terrorismo?

En la confrontación se utiliza lo necesario para combatir al enemigo. ¿Por qué los medios no hablan de las bombas o los cohetes del ejército? ¿Ésos no matan población civil? Es el problema de ustedes, quieren ver la paja en el ojo ajeno, y no la de otros.

[...]

¿Cómo van a cobrar esas deudas con los directores de medios?

Estábamos pensando que iban a estar acá. Eso quiere decir que trabajan un poco en desacuerdo. Han debido no mandarlos a ustedes, porque si hacen una protesta han debido no hacer lo que están haciendo. Han debido ser correctos en eso. No estar jugando a dos cartas: no vamos pero sí vamos [...]. (Farc, 56)

Ambos textos comparten importantes rasgos. Hay una queja por la forma como se refieren a la organización armada los medios de comunicación, un planteamiento sobre las diferencias entre el grupo y los medios —sobre las deudas de los jefes—; una crítica o enjuiciamiento de lo que ese sector hace —están jugando a dos cartas, quieren ver la paja en el ojo ajeno—; una revelación sobre las propias condiciones del grupo —no lo sabía por estar distante de la civilización— y, final-



mente, otro reclamo por la permanente descalificación. Los reclamos suelen acompañarse de una retórica que marca la temporalidad y recalca que “también hoy” o durante “35 años” han sido objeto de malos tratos por parte de quienes se creen más o “por encima del bien y del mal”<sup>4</sup>. Se trata de un discurso emocional que quiere revertir el desconocimiento y que condena a los que considera responsables de la exclusión. La petición y la disputa de las Farc es por ser reconocidas como organización de revolucionarios y no como organización de bandoleros. Ellos quieren ser vistos como políticos y no como delincuentes<sup>5</sup>. Tales anhelos y tales palabras arrastran viejas experiencias y encarnan particulares relaciones de estatus y poder que, como ha mostrado Herbert Braun, gozan de un alto contenido melodramático y de un destacado lugar en la historia nacional (1998, 2003: 11). Así, por ejemplo, la alusión a los “jefes” de los que habla Marulanda atrás aparece en el comentario de Braun sobre el discurso que envió Marulanda a la instalación de la Mesa de Diálogos. Allí, y a partir de la reconstrucción de la propia experiencia político-militar de ese comandante, Braun recuerda:

[...] para muchos de los guerrilleros, la diferencia entre ser considerados bandoleros o revolucionarios es una cosa de honor. Si eran bandoleros, eso significaba que eran unos hombres egoístas que actuaban por cuenta propia y que eran unos ladrones. Como revolucionarios, sus acciones estaban al servicio del Partido Liberal, de la libertad misma, a favor de las más altas aspiraciones ideológicas, para la nación. [...] Como revolucionarios, actuaban de un modo desinteresado. Eran más que ellos mismos, más que un grupo de individuos. Aún más existencialmente, quizás como bandidos tan sólo podían ser unos actores locales. Si eran bandoleros, los jefes liberales no los podían apoyar y defender. Como bandoleros quedarían desconectados del país. Como revolucionarios se convertirían en patriotas, en colombianos. Como bandoleros se les podía olvidar y se quedarían aislados, viviendo en el anonimato. Los guerrilleros no podían prescindir de sus jefes urbanos. Sin ellos no tenían honor. Sin ellos estaban solos. Una vida solitaria y sin honor es lo que más atemorizaba a la gente del campo, especialmente a los hombres [...] hombres que sentían una fuerte deseo de ser reconocidos, no tanto como individuos, sino sobre todo como parte de algo más allá de ellos mismos. (Braun, 2003: 11)

---

4 La investigación *Periodistas, políticos y guerreros*, dirigida por Jorge Iván Bonilla y Catalina Montoya, hace un análisis sistemático de la forma como las Farc y, en general, los problemas de la paz y la guerra son “tratados” por el periódico *El Tiempo* (2003).

5 De nuevo, las producciones verbales emitidas en el contexto de negociación de paz reafirman cuestiones que han venido siendo señaladas por las Farc con gran insistencia. En este punto preciso, cómo no recordar el énfasis de Marulanda en que los poderosos “siempre han querido vernos muertos” (Alape, 1995: 190).

Estos planteamientos de Braun nos permiten capturar y caracterizar parte del paisaje emocional que aún hoy se contempla en los discursos de las Farc (ver, especialmente, Farc, 58). No porque los guerrilleros estén a la espera de un jefe político urbano, sino porque la organización subversiva es la que responde a las demandas de integración y de sentido de un conjunto de personas que están buscando existir ante su propia sociedad. La única forma en que esos campesinos pueden ser parte de algo más grande, de algo más allá de ellos, es a través de su participación en la organización armada.

Los señalamientos de Braun también nos recuerdan el contenido emocional de las relaciones políticas y el hecho de que tales emociones se transforman a lo largo de la estructura de estatus y de poder. Cuándo se es revolucionario o cuándo se es bandolero no depende de las acciones realizadas o de las motivaciones que se arguyen. Depende de las circunstancias, del momento, del lugar político que se conquista en la lucha contra los otros. John Agudelo Ríos, el negociador del gobierno de Betancur y quien logró que las Farc firmaran los acuerdos de La Uribe en 1985, recuerda en su última entrevista que para presionar a Marulanda le dijo: “o pasas a la historia como revolucionario o como bandido, tú escoges [...] no te vayas a convertir en un caso de policía, eso es lo que todo el mundo quiere” (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2004: 36).

Las Farc reclaman ser escuchadas y reconocidas como una organización revolucionaria, de ahí que inviten de manera recurrente a distintos sectores sociales a que vayan al Caguán a conocerlos y que consideren aceptación de su beligerancia el que Pastrana se haya reunido con ellos en la Zona de Distensión (Farc, 16, 21). En términos emocionales, es claro que el presidente no se reúne con delincuentes, pero sí con revolucionarios que se han autoimpuesto la tarea de luchar por el pueblo y de construir para aquél lo que ellos consideran más deseable (Mancilla, 1990: 120).

### **Defenderse y hacerse oír: reciprocidad y acreditación en la acción**

La queja por el constante desconocimiento de las Farc por parte del estado y la sociedad nacional se mezcla, en sus producciones verbales, con la referencia a la necesidad de defenderse, la capacidad de hacerse oír y de conquistar ciertas relaciones de reciprocidad a través de la acción armada. En torno a estas condiciones, construye las Farc un intenso discurso emocional que ilustra el carácter de la organización: estar orientada a la conquista de una forma de existencia social significativa. En el texto con el que las Farc celebran sus 35 años como organización armada, se lee:

Como en el llamamiento del 3 de abril de 1964, reafirmamos que “se nos quiere negar el derecho a vivir y estamos defendiéndolo, con la certeza que en esta emergencia, como en anteriores ocasiones, el pueblo colombiano sabrá encontrar las fuerzas suficientes para salir adelante”. (Farc, 41)

La idea de que se les niega el derecho a vivir y que tienen que defenderse aparece de forma recurrente en la relación emocional de las Farc con el estado. Aquí interesa mostrar que los comandantes de la organización se refieren a esa necesidad de defensa para introducir su capacidad de hacerse oír. Permanentemente los textos de las Farc reseñan esa particular situación: es necesario estar armado para así asegurarse cierto respeto, para ser escuchados por el estado y los periodistas o por lo menos para no ser agredidos (Farc, 6, 21, 22)<sup>6</sup>. De ahí que ellos insistan: “según como nos traten los tratamos” (Farc, 5). La tenencia de fusiles garantiza que ellos “no mueran a garrotazos” (Farc, 22), que los gobiernos no puedan ignorarlos y que tengan que tratar con ellos “para bien o para mal” (Farc, 1, 21). La organización busca y conquista, “por las buenas o por las malas” la reciprocidad. El Mono Jojoy lo expresó adecuadamente en una entrevista sobre el canje de prisioneros en enero de 1999:

—Juristas serios plantean que sólo haciéndole un esguince a la Constitución se podría aprobar la ley de canje que ustedes están solicitando.

—Si no se puede la ley de canje, tocará que algunos de la clase política acompañen a los soldados, para que salgan en el canje. Es la única forma. Si no quieren por las buenas tocará por otros medios [...]

—¿Se refiere a que están planeando secuestrar políticos y congresistas?

—Hasta ahora no se ha tomado la decisión. Es una cuestión que se me salió. Pero no estoy arrepentido de haberlo dicho. Hay que dejarla ahí, escrita. Habrá que traer políticos, como hicieron con el hermano de Gaviria. Porque sólo entonces les pusieron atención y los llevaron a Cuba y los canjearon. (Farc, 21)

Más adelante, insistió en que ellos no querían tener que coger más prisioneros, pero que como no tenían mucho que dar entonces debían “entregarlos y que nos entreguen los nuestros. Así de facilito” (Farc, 21). Por supuesto, esa “reciprocidad” aparece, para los públicos pacificados, como algo demasiado descarnado. Sin embargo, hay que situarla y leerla desde la jerarquía de estatus y poder. En ella, la capacidad para responder a una agresión o para limitar de alguna

---

6 Otros estudios también han constatado la importancia que tienen estas cuestiones en los textos de las Farc, aun cuando no se refieren a ellas en términos de rasgos emocionales (Uribe, 2003; Ferro y Uribe, 2002).

manera el comportamiento del otro aparece como una conquista de la organización. Es un logro para quienes sienten que de otra forma no son escuchados ni atendidos. Se trata de alcanzar la posibilidad de estar ahí, con independencia de lo que el rival o los otros actores hagan (Farc, 25).

El contenido emocional de estas declaraciones es muy claro, gracias al lenguaje “natural” que utiliza el comandante, gracias a su desparpajo y al hecho de que usa expresiones que permiten detectar la vida emocional como un proceso de interacción en el que tienen un lugar central los juicios sobre las motivaciones y los comportamientos propios y los del otro —“si no quieren por las buenas tocará por otros medios [...] se me salió”—. Ahora bien, la posibilidad de pelear tal reciprocidad depende de lo que Elias denomina “acreditación en la acción” (1996: 167-169): lo que la organización conquista por su propia forma de disponerse ante el mundo y no por su participación en jerarquías sociales o rangos heredados. Las Farc respaldan sus aspiraciones políticas en lo que han ganado en el campo militar y gracias a las destrezas y capacidades de sus comandantes (Farc, 47)<sup>7</sup>. El Mono Jojoy lo dice claramente. Para él lo que hace que el gobierno hable con ellos es que tienen el control de vastas zonas rurales; gracias a eso, “ya nos están viendo mayores de 18 años, aunque tenemos como 50” (Farc, 21)<sup>8</sup>.

Las conquistas militares les permiten autoproclamarse como ejército del pueblo y valorar la guerra como medio para “aparecer” políticamente (Farc, 6). En marzo de 1999, Tirofijo señaló en una entrevista:

Contamos con un secretariado unido y una tropa preparada para cualquier misión. Somos un ejército muy joven y ya demostramos quiénes somos. Ejemplos son muchos, la denominada Operación Destructor II en los llanos de Yari en octubre de 1997 sirvió de lección al mando militar cuando con más de 80 aviones y helicópteros debieron abandonar el campo de batalla. Nuestro avance en el campo militar es lo que nos ha llevado a la fase actual, lo que ha obligado al gobierno a sentarse a buscar un diálogo. (Farc, 34)

7 La importancia de “la acreditación en la acción” como rasgo emocional tiene, obviamente, un correlato técnico en el desarrollo mismo de la acción armada. Fernando Cubides ha insistido en que la trashumancia y el carácter clandestino de la organización armada implican que la iniciativa operacional recaerá en el subordinado (2005: 22, 40), y por esa vía, diríamos nosotros, la organización se mantiene abierta al mérito militar de los combatientes. El mismo autor ha llamado la atención sobre la capacidad de las Farc para aprender de los errores y para probar su conocimiento frente a los hechos (Cubides, 2005: 32 y 37). De nuevo, para acreditarse en la acción.

8 Este punto aparece también con mucha fuerza en el “autorretrato” que el investigador Arturo Alape publica de Marulanda. Allí aparece Marulanda hablando todo el tiempo como comandante de un ejército interesado en cuestiones técnicas y de estrategia militar. La insistencia de las Farc en su carácter de ejército que se ha ganado estar en la mesa no estaba determinada tanto por los triunfos militares de 1998 cómo por su propia autorrepresentación de pueblo en armas (Alape, 1995: 197 y ss).

El recurrente “ya demostramos quiénes somos” se tradujo en una celebración orgullosa de todo lo que la organización de los marquetalianos ha conquistado. En una entrevista, le preguntaron al comandante Jorge Briceño, alias el Mono Jojoy, si el ejército puede derrotar a las Farc. Él respondió:

Si en 35 años de lucha armada no han podido con nosotros, no van a poder ahorita ni en diez ni en cinco, ni en dos, porque es la realidad del país. Hay muchísima gente que se está vinculando a la guerrilla y esto se convirtió ya en un ejército, irregular pero un ejército, en donde uno puede concentrar 1.000 o 2.000 hombres en un asalto y se lleva 100 o 300 del otro bando. Eso no pasaba antes en este país. Está pasando ahora. ¿Quién nos va a atajar a nosotros en este país? Nadie. Ni los ríos, ni el sol, ni nada. Por eso queremos hablar. Buscar otra salida para que no haya tanto muerto. (Farc, 21)

Ambas declaraciones ilustran dos de los rasgos emocionales de las Farc en cuanto organización que disputa su existencia social como un nosotros político diferenciable: la acreditación en la acción de la que hablamos antes y la tendencia a usar una lógica probatoria o que recalca la verificación. Cada cosa que las Farc afirman es respaldada con una referencia histórica o ideológica que deja por fuera de la discusión el punto o le confiere estatuto de verdad. En ese aspecto se encuentran el repertorio emocional del campesino y el del revolucionario.

## ORIGEN CAMPESINO Y TRANSMUTACIÓN EN REVOLUCIONARIOS

Las diferentes producciones verbales de las Farc caracterizan el origen campesino de la organización y su transformación en una organización revolucionaria. Una investigación histórica posterior deberá explicar cuándo se produce tal transformación, por qué y con qué implicaciones emocionales<sup>9</sup>. Aquí lo importante es constatar que las Farc construyen un discurso emocional en el que se dan cita la experiencia y el pragmatismo campesino, la tradicional conexión entre guerrilleros rurales y dirigentes urbanos y el purismo y el racionalismo revolucionario (Braun, 2003). Cuando hablamos aquí del

---

9 Los distintos estudios sobre la historia de las Farc dan información al respecto y explican la importancia del vínculo entre el Partido Comunista y la organización armada. La abundante literatura testimonial también da luces al respecto. Sin embargo, está por estudiarse cómo ese vínculo se traduce en rasgos emocionales determinados y cómo ellos se van transformando con el paso del tiempo (Ferro y Uribe, 2002; Pizarro, 1991; 1996; Alape, 1995; 1998). Como dice Francisco Gutiérrez en el prólogo de Ferro y Uribe: “debo concordar con los autores en que una de las características más prominentes de las Farc es que no son producto de una ideología, el marxismo, o de un partido, el comunista, sino que entroncaron con ellos; los precedieron; y los sobrevivieron” (en Ferro y Uribe, 2002: 14).

“pragmatismo campesino” no nos referimos a ninguna esencia sin tiempo y lugar, sino al hecho de que, en distintos períodos y sociedades, “la malicia del campesino pudo más que la del hombre rico que no suele necesitarla para vivir” (Stendhal, 2001: 87). Y esto, tanto en la “racionalista” Francia como en la “mágica” Colombia<sup>10</sup>.

Al autodefinirse como colonos, marquetalianos, pueblo en armas o auténticos revolucionarios, las Farc se inscriben y producen repertorios y panoramas emocionales diferenciables y, en ocasiones, contradictorios. Contradictorios con los hábitos de pensamiento extendidos en la ciencia política y la sociología, en los que formas modélicas y teleológicas de contar la historia suponen que la acción racional y revolucionaria se distancia instrumentalmente de la sociedad y desplaza lentamente otras formas de vinculación política que suelen ser consideradas más naturales y, por esa vía, más emocionales: la identidad religiosa, regional o de estamento. Tales repertorios son también contradictorios para la organización armada que asume que tiene que conquistar el poder y tomarse al estado-aparato pero lo que se encuentra, en su accionar bélico y en sus relaciones con los grupos sociales, es un conjunto desordenado de agencias y redes de poder que regulan la vida social en las regiones y en las que el “estado” es un actor más (González, Bolívar y Vásquez, 2003)<sup>11</sup>. Es precisamente la coexistencia de esos variados repertorios emocionales la que nos exige construir visiones más polifacéticas de los actores armados y de la acción política.

---

10 En una investigación anterior sobre las movilizaciones campesinas del sur de Bolívar en 1998 y 2002, discutí algunas de las imágenes y las atribuciones que distintos sectores sociales, entre ellos los académicos, hacen a los campesinos (Bolívar, 2005). La investigación de Barrington Moore sobre *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia* discute sistemáticamente la comprensión de los campesinos implícita en las discusiones sobre revolución burguesa y rebelión. Para nuestros propósitos, es útil recordar que Moore discute sistemáticamente representaciones de los campesinos que los convierten tanto en “sujetos pasivos” como en “feroces adversarios políticos”. A lo largo de su trabajo, Moore critica sistemáticamente esta tendencia. En una sección se lee: “la obediencia apolítica a las órdenes, sin atender a sus contenidos [está discutiendo la supuesta pasividad de campesinos japoneses] no es tan sólo materia de psicología. La mentalidad a la que responde tal conducta es el producto de circunstancias históricas concretas, ni más ni menos que la independencia aún hoy admirada entre los occidentales” (Moore, 1991: 252).

11 En un trabajo anterior mostramos que, cuando las guerrillas acogen el lenguaje revolucionario para conceptualizar su experiencia y proyectar su acción en el futuro, se privan, ellas mismas, de comprender y de intervenir reflexivamente en la configuración del orden político colombiano. Según el lenguaje revolucionario y el pensamiento político predominante sobre la violencia política, ésta sólo puede ser represiva o subversiva. Los subversivos anhelan tomarse el estado. EL problema radica en que esa visión de la violencia política da por supuesta la separación entre estado y sociedad, y por esa vía, ignora la competencia feroz entre redes de poder en contextos no plenamente estatalizados. Así las cosas, resulta que las guerrillas colombianas quieren tomarse un estado que no existe, un estado modélico al que habría que ocupar y dirigir, un aparato. Quieren eso, en sus discursos y por su “formación ideológica”, pero lo que enfrentan militarmente y en las prácticas concretas no es un estado centralizado, sino un conjunto desigual y conflictivo de redes de poder que se disputan la dominación de distintos campos de la vida social (González, Bolívar y Vásquez, 2003).

### **El origen campesino y respuesta revolucionaria**

Los textos de las Farc cuentan la historia de la organización, haciendo énfasis en el origen campesino, y a través de unos recursos retóricos que, como el efecto presencia, tienen fuertes efectos evocadores.

Marulanda, en el discurso que Joaquín Gómez leyó en la instalación de la Mesa de Diálogos, declaró:

Ante la inminencia de la agresión gubernamental estos 48 hombres se dirigieron al propio presidente, al Congreso, a los gobernadores, a la Cruz Roja Nacional e Internacional, a la Iglesia, a las Naciones Unidas, a los intelectuales franceses y demás organizaciones democráticas para que impidieran el comienzo de una nueva confrontación armada en Colombia con imprevisibles consecuencias. Desafortunadamente nadie nos escuchó, salvo la Iglesia [...] y sólo ahora, después de 34 años de permanente confrontación armada, los poderes y la sociedad comienzan a darse cuenta de las graves consecuencias del ataque a Marquetalia. En aquel entonces esos 48 campesinos solamente exigían la construcción de vías de penetración para sacar sus productos agrícolas, un centro de mercadeo y unas escuelas para educar a sus hijos, lo que implicaba del Estado una inversión no superior a cinco millones de pesos. (Farc, 20)

Marulanda recalca esos mismos puntos en una entrevista a comienzos de 1999 con la revista *Semana*. Veamos:

—Hay muchos colombianos que piensan que ustedes no están interesados en hacer la paz...

—Nosotros somos los más interesados, como dijimos desde el mismo Marquetalia, antes de comenzar la operación contra los 48 hombres: qué bueno que aquí pudiera venir el Banco Internacional, viniera la Iglesia, viniera todo el mundo y vieran cómo estamos trabajando y qué es lo que necesitamos. El gobierno desafortunadamente no atendió y hoy hay un conflicto supremamente grande. (Farc, 25)

Decidimos reproducir por extenso estos textos porque nos permiten mostrar cómo se articulan el repertorio pragmático del campesino con sus descripciones densas, su efecto presencia, su lógica de verificación y prueba y su tradición de reconocimiento de los sectores urbanos como mediadores; con el repertorio del revolucionario y su lenguaje técnico. En los textos se destaca la identificación temporal del evento, 1964, el hecho de que sobrevino como feroz ataque después de muchas provocaciones, la identificación de lugares, días, fechas y personajes con sus nombres propios y sus características —”el inolvidable Isafías Pardo”—, y la descripción con detalle de las tendencias de acción del grupo: resistir, combatir,

esperar, querer, sancionar un programa agrario, luchar, entre otras actividades. Las emociones tienen distintos objetos intencionales: el comportamiento y la motivación de los marquetalianos, el comportamiento del estado, la situación adversa, entre otros. Las Farc evalúan su comportamiento como heroico, como histórico. Insisten en que ellas luchan y luchan por sus motivaciones: el cambio que Colombia necesita. La guerrilla se debate entre autoconsagrarse como movimiento revolucionario y quejarse de los agravios de que han sido víctimas en su condición de campesinos. Resulta además que, antes de ser héroes marquetalianos y verdaderos revolucionarios con el interés de transformar estructuralmente la sociedad colombiana y tomarse el poder, los 48 campesinos querían ser escuchados por distintas autoridades e instituciones, querían acceder a ciertos bienes y servicios del estado y querían advertir de los riesgos y las “imprevisibles consecuencias” de la confrontación armada. Se trata de un discurso emocional sobre sí mismas que recalca la transmutación del grupo y de sus intereses: ante una inminente agresión, un puñado de campesinos, que quería vender sus productos y educar a sus hijos, se convierten en verdaderos revolucionarios. Ellos lo dicen claramente:

Esa fue la consecuencia directa de la barbarie oficial: la ratificación de su compromiso de lucha por parte del campesinado marquetaliano y su decisión de empuñar las armas para combatir por la conquista del poder político para ejercerlo en beneficio popular. (Farc, 41)

La retórica emocional en este caso arranca haciendo énfasis en la barbarie oficial (juicio sobre el comportamiento de otro), pero muy rápidamente se concentra en la caracterización y evaluación del propio comportamiento y de la tendencia de acción con que se responde la agresión previa. La barbarie no hizo que ellos se acobardaran; por el contrario, ratificaron su decisión de luchar, y no de cualquier manera, sino empuñando las armas. La retórica emocional juega con un lenguaje que parece neutral: consecuencia, ratificación, decisión, pero el sentido que el texto produce descansa en las dos propiedades del melodrama que veíamos atrás: esquematización y polarización. La intensidad del relato invita al auditorio a tomar posición frente a la historia que se le cuenta, a admirar a los héroes y a sentir pesar por los 48 campesinos agredidos.

Ahora bien, las Farc resaltan la historia puntual del movimiento armado —la agresión del estado y el heroísmo campesino, la decisión de hacerse revolucionarios— pero también cuentan una historia “estructural”, pues parten de la presunción de que la evolución del país exige la transición al socialismo (Mancilla, 1990: 120).



### **Historia objetiva: factibilidad de la revolución**

La historia de los heroicos marquetalianos coexiste con una historia en que la organización se desprende directamente de las malas condiciones de la sociedad. Un documento establece:

las grandes injusticias sociales, la indigna actitud oligárquica frente a los emperadores gringos, la intolerancia del régimen y la violencia terrorista del Estado contra el pueblo, determinaron históricamente el surgimiento de las Farc-Ep. Y porque esas injusticias, esa indignidad, esa intolerancia y esa violencia de la clase en el poder se mantienen y profundizan después de 35 años, es que la rebeldía popular se ha desarrollado y han ido acercando los momentos de definición para el cambio estructural de la sociedad colombiana. (Farc, 41)

Es significativo para los intereses de este capítulo constatar que las Farc cuentan una historia de la organización en la que ella se desgaja, casi mecánicamente, de lo que Oakeshott denomina la “política de la necesidad sentida”, esa “objetividad de lo social” que sólo se puede interpretar desde la ideología (2000: 47). El contenido emocional de estos relatos está dado por la forma en que se enjuicia y se describe la situación: las injusticias sociales, la actitud indigna de la oligarquía, la intolerancia del régimen, la violencia contra el pueblo o, simplemente, la pobreza y los problemas sociales<sup>12</sup>. En los primeros casos sobresalen las calificaciones, en los últimos, la descripción que se quiere neutral. En ambos, los sujetos carecen de mayor importancia y la constitución y el fortalecimiento del grupo armado aparecen como consecuencia de la situación, no como una apuesta o decisión de un grupo (Mancilla, 1990: 121).

Presentar las cosas como si ellas expresaran una racionalidad inmanente implica una apuesta emocional específica, en la que tales emociones no aparecen como irrupciones o sentimientos, sino como esfuerzos por develar la legalidad de los fenómenos, su ordenamiento. Se trata de la apuesta emocional implícita en la comprensión racionalista del mundo, y en la que presupuestos ideológicos, ideales y principios tienden a reemplazar tradiciones del comportamiento y circunstanciales relaciones de poder, y en la que se supone que el racionalismo revolucionario está especialmente capacitado para percibir los anhelos del pueblo y las necesidades históricas de la sociedad (Elias, 1990; Oakeshott, 2000; Mancilla, 1990).

---

12 Otros trabajos han analizado también con mucho detalle cómo funciona la referencia a la historia en los textos de las Farc. Ver, especialmente, Uribe (2004) e Higuera (2003).

Otro elemento que imprime un carácter emocional a la presentación que las Farc hacen de su historia es el constante uso de advertencias o amenazas por medio de un lenguaje que transmuta el interés del grupo en razón. En esa dirección debe leerse la referencia a las “imprevisibles consecuencias” del conflicto y el que sólo 34 años más tarde el estado y la sociedad se den cuenta de las graves consecuencias de lo sucedido en Marquetalia. Al respecto, es útil recordar que varios autores han mostrado que unos de los recursos retóricos que más desatan emociones son los que ironizan sobre el pasado o el futuro (Perelman, 1997; Elster, 2002).

El esfuerzo de las Farc por presentarse y producirse discursivamente como una organización revolucionaria las ha obligado a enfrentar cuestionamientos sobre su capacidad para reaccionar a los cambios de la historia.

### **De la historia se aprende: un socialismo propio**

Durante el proceso de negociación de la paz con Pastrana, las Farc tuvieron que aclarar el lugar del socialismo y de la revolución en sus planteamientos. Toda la inversión emocional orientada antes a definirse como movimiento revolucionario era puesta a prueba con las constantes preguntas sobre la caída del socialismo real. En una entrevista a comienzos de 1999 a Manuel Marulanda, le plantearon así la cuestión:

—¿Ustedes no creen que el socialismo fracasó? ¿Qué tipo de socialismo quieren ustedes para Colombia?

—Primero, no sabemos en qué momento podemos tener un triunfo y tomarnos el poder y no sabemos qué cambios se hayan producido en el mundo en ese momento. Pero sí hemos dicho que queremos un socialismo para los colombianos que tiene que recoger todas las experiencias del campo socialista. Del que desapareció con la Unión Soviética a la cabeza y el que existe hoy en la China Comunista, el Vietnam, Cuba socialista. Y es como tomamos todas las experiencias buenas y también las fallas, partiendo de que Colombia es un país muy distinto a todos esos países, con una cultura y unas raíces de la lucha revolucionaria también muy propias. Y estando ya de frente al siglo XXI, las Farc no pueden repetir errores que otros han cometido. (Farc, 25)

Así trata de resolver Marulanda la difícil cuestión de ser socialista y revolucionario en un contexto de crisis del socialismo histórico: aprendiendo de las fallas y recordando que Colombia es un país muy distinto. Es una cuestión de gran importancia emocional, pues la “caída del socialismo” puso en tela de juicio “la ideología” que orienta el movimiento. En una entrevista, también a comienzos de 1999, el comandante Raúl Reyes recordó que, a comienzos de los noventa,

se decía públicamente que los guerrilleros que continuábamos sin desistir de la lucha revolucionaria, eran odiados por la sociedad, que eran fósiles en extinción, que el mundo los rechazaba porque los guerrilleros buenos eran los que estaban dándose palmadas en la espalda con la oligarquía de este país, sin conseguir nada para el pueblo colombiano. (Farc, 30)

Es útil reconstruir parte de esta discusión porque en ella se recogen múltiples afrentas al amor propio de los integrantes de la organización guerrillera. A partir de la referencia al odio, los fósiles en extinción, el contraste entre los guerrilleros buenos y los que no lo son, Reyes delata el gran contenido emocional implícito en la propia representación del grupo como organización socialista. Estudios sobre movimientos y organizaciones sociales han acuñado y usado el concepto de “inversión emocional” para llamar la atención sobre las específicas disposiciones emocionales que necesitan las personas que participan de esos grupos, y que en ocasiones explican que corran riesgos o trabajen más de lo estipulado. Esas investigaciones reconocen que las ideas están investidas emocionalmente y que, por tanto, cambiar de ideas o mantenerse—en el socialismo, por ejemplo—requiere un “trabajo emocional” muy fuerte en las distintas capas de la organización (Goodwin, Jaspers y Polletta, 2001; Aminzade y McAdam, 2001; Hochschild, 1979). Además, el carácter de la organización revolucionaria como una patria social y, más exactamente, como una “institución voraz” hace que toda la vida emocional de los integrantes gire en torno al nosotros. En efecto, allí donde “la obediencia y la lealtad incondicionales se exigen normativamente y se imponen activamente”; donde “para subrayar los lazos fraternales se denominan entre sí camaradas”, y donde toda la voluntad se orienta hacia una causa común, la discusión o el rechazo de esa meta se viven como fuertes afrentas (Coser, 1978: 113-128). En este punto es necesario recordar y citar apartes de la llamada “Carta de los intelectuales”, que importantes personalidades colombianas dirigieron a la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, de la que formaban parte las Farc a finales de 1992<sup>13</sup>. En algunos apartes de la carta se lee lo siguiente:

Nuestra condición de demócratas convencidos, contrarios a la violencia y a las opciones autoritarias, nos da el derecho moral de poner en tela de juicio la legitimidad y la eficacia de la acción que ustedes sostienen desde hace años [...] *Su guerra, comprensible en sus orígenes, va ahora en sentido contrario de la historia.* [...] Es la hora de una reflexión patriótica profunda, de una rectificación

---

13 La carta fue publicada en *El Tiempo* del 22 de noviembre de 1992 en la página 7A y fue firmada por artistas, investigadores y periodistas como Gabriel García Márquez, Fernando Botero, Antonio Caballero, Jaime Garzón, Alvaro Camacho, Gonzalo Sánchez, Fernán González, entre otros muchos. Agradezco a Gonzalo Sánchez por facilitarme los datos al respecto de esta carta, la contrarrespuesta de las Farc y la nueva carta de Sánchez.

radical de años de equivocaciones, y de la búsqueda seria de nuevas y novedosas formas de creación política *acordes con las realidades del mundo actual. Su guerra, señores, perdió hace tiempo su vigencia histórica*, y reconocerlo de buen corazón será también una victoria política. [Resaltado nuestro]

La carta muestra precisamente el tipo de reclamos o de señalamientos enfrentados por las Farc en el contexto del postsocialismo. Los denominados intelectuales afirman que la guerra de las Farc va contra el sentido de la historia y que perdió su vigencia, como si ellos mismos aceptaran la democracia o el capitalismo como el punto de llegada de las diversas sociedades. Hacen un contraste claro entre la legitimidad que la guerra de las Farc tenía “en sus orígenes” y lo que sucede “ahora”. Es notable la connotación emocional negativa que tiene en la sociedad contemporánea ser percibido como “atrasado” y “viejo”. Algunos tomaron la carta como muestra de que incluso intelectuales que habían sido “cercanos” a la izquierda ya no respaldaban la lucha armada<sup>14</sup>. Falta de respaldo que por supuesto es interpretada como pérdida o fracaso político. Los principales comandantes de la Coordinadora Guerrillera respondieron a los intelectuales con un documento que fue publicado solamente por el semanario *Voz*<sup>15</sup>. El documento, firmado por Manuel Marulanda V., Alfonso Cano, Iván Márquez y voceros del Eln, “agradece” las “importantes apreciaciones” de los intelectuales y “los hace partícipes de algunas reflexiones”. Tales reflexiones dan una explicación sobre la existencia de la guerrilla, su relación con el estado y la historia de Colombia, entre otros puntos. Como lo harían años después, en el contexto de la negociación con Pastrana, los jefes guerrilleros explican que la acción de sus grupos “no ha sido... ni un fin ni un objetivo. Ha sido simplemente un medio para resistir la agresión y luchar por la democracia y la dignidad”. Para la guerrilla, “si algunas prácticas y concepciones han perdido vigencia histórica son precisamente, las del terrorismo de Estado [...]”<sup>16</sup>. En este intercambio<sup>17</sup>, “la vigencia histórica” se llena de valor emocional y muestra que sacar al otro de la historia, mostrarlo “no actual”, es parte de la contienda política. No es casual que las Farc recuerden con amargura que el presidente Gaviria los llamó “dinosaurios”, que les dio un golpe “artero” en

14 Ver, por ejemplo, el artículo que publica *El Tiempo* en la misma página de la carta, bajo el título “La gran fractura” y firmado por José Hernández.

15 “Estamos comprometidos en la solución política”, en el semanario *Voz*, 10 de diciembre de 1992, página 9.

16 Más adelante, y luego de pedirles a quienes les dirigieron la carta que “no se dejen engañar”, los voceros guerrilleros resaltan: “Nosotros, que recorremos a pie el país cotidianamente, conversando con sus gentes en campos y ciudades, que sabemos lo que representamos para esa gran masa de colombianos que no recibe del Estado sino agresiones y promesas y que nunca es consultada por los empresarios de las encuestas oficiales, sabemos del inmenso anhelo de paz que embarga la nación” (*Voz*, 10 de diciembre de 1992, 9).

17 El historiador Gonzalo Sánchez publicó una respuesta a la carta de la Coordinadora Guerrillera en *El Espectador*, 22 de diciembre de 1992.

Casa Verde y que al hacerlo los hizo volver a leer y a defender su historia y la factibilidad de la revolución (Farc, 30): el hecho de que las condiciones de “crisis” están dadas para que el pueblo avance hacia el poder (Farc, 30). Tal insistencia hace parte de una autocaracterización de las Farc como organización racional.

### **La respetabilidad del racionalismo**

Las Farc construyen un discurso emocional que solicita la inclusión, que quiere “ganársela” por medio del racionalismo revolucionario y que conoce el conflicto que se vive en el país (Farc, 12, 16, 21). En sus producciones verbales, las Farc insisten en sus capacidades para incidir en la vida social, en que sus decisiones y compromisos están orientados por principios y en que sus propósitos tienden siempre a la paz (Farc, 19, 46, 58, 115, 162, 169). En un editorial sobre los 35 años de la organización, se lee:

A Colombia entera le manifestamos que con la misma convicción y firmeza que mantenemos en alto nuestros fusiles, iniciamos este proceso de paz que busca acuerdos políticos en la meta de una salida incruenta a la tragedia nacional que se atraviesa y que no buscamos acuerdos intrascendentes sino pactos serios que logren terminar de una vez y para siempre las guerras en Colombia. (Farc, 41)

La “convicción y firmeza” con que portan sus fusiles les sirve también para iniciar el proceso de paz. El repertorio emocional que los habilita en la guerra, los habilita en la negociación de paz. Y es que, en todos los casos, las Farc se presentan a sí mismas como una organización dotada de coherencia, de responsabilidad, con metas que no cambian al vaivén de las circunstancias, que no son emocionales (Farc, 161), sino que están cimentadas, en cuanto movimiento revolucionario, en el humanismo. Tal caracterización es muy interesante porque recuerda que en la imagen que tenemos de nosotros mismos, hoy en día, solemos creer y querer actuar bajo los designios de la “razón” y no de la pasión o el interés (Elster, 2002, 112; Elias, 1996). Más aún, en el campo de la política, en donde se da por supuesto que la acción legítima es una acción racional. Ahora bien, esa caracterización de las Farc como una organización dispuesta “racionalmente” a luchar por el pueblo y a lograr ciertos acuerdos de paz es independiente —en el discurso— de las acciones del estado o de las preferencias de los diversos grupos sociales (Farc, 164). En esa medida, las declaraciones de las Farc beben de un tipo específico de racionalismo: la organización lucha por los cambios que el país necesita y que no son objeto de discusión alguna, e incluso, lucha en contra de los “enemigos de clase” que, además, tienden a ocultar sus verdaderas intenciones (Farc, 21). Ya lo había dicho Jorge Briceño, a propósito de la desconfianza de ciertos sectores frente a las Farc: “nosotros no vivimos del qué dirán. Queremos solucionar las cosas por medios

civilizados. Que hablen” (Farc, 21). Las producciones verbales subrayan el carácter racional y orientado ideológicamente de la organización, pues de ello dependen tanto la respetabilidad social como la posibilidad de ser incluidos políticamente. Aquí es donde debe situarse el uso que hacen las Farc del marxismo, sus funciones y su lugar en el cuadro organizacional (Ferro y Uribe, 2002). El marxismo le permitió al grupo guerrillero incluir o formular sus experiencias y agravios en los términos “ideológicos” y abstractos que valora la sociedad burguesa como: “realmente políticos”. Y es que, como han mostrado varios autores, el marxismo opera al mismo tiempo como medio de orientación y conocimiento y como medio de lucha política en el contexto de predominio racionalista en la política (Oakeshott, 2000; Elias, 1999; Laplantine, 1977: 75)<sup>18</sup>. De ahí también que, en su esfuerzo por conquistar y probar su existencia social, y por ganar mayor respetabilidad, las distintas comunicaciones de las Farc se llenen de citas textuales extraídas de la documentación producida por la propia organización<sup>19</sup> y eviten cuestiones relacionadas con la cultura popular (Ferro y Uribe, 2002: 112). Se trata de mostrar que se existe como organización “revolucionaria” y que eso se expresa en estatutos y documentos (Farc, 11). En una carta dirigida al Presidente, y con la que querían discutir sobre el funcionamiento de la zona de distensión, las Farc señalan:

Usted debe recordar, al igual que la opinión pública, que en varios documentos nuestros de carácter público, “saludo de Manuel Marulanda Vélez”, leído por el comandante Fabián Ramírez en la ceremonia de entrega de los 70 soldados prisioneros de guerra, en Cartagena del Chairá, el 16 de junio de 1997; en el documento central, leído por Joaquín Gómez en el mismo acto, en la declaración política del pleno del Estado Mayor Central de las Farc “abriendo caminos hacia la Nueva Colombia, de noviembre de 1997” donde de manera reiterativa siempre dijimos lo mismo: que conversaríamos con cualquiera de los candidatos que saliera electo a la presidencia de la República en las pasadas elecciones, siempre y cuando se comprometiera a cumplir nuestras dos exigencias fundamentales, el despeje militar de cinco municipios y el desmonte del paramilitarismo. (Farc, 11)

18 Analizo este problema del uso de una ideología como medio de lucha política en el contexto de creciente racionalismo político típico de la modernidad, en un texto titulado “Tipos de conocimiento y experiencias de la política: el sujeto político invocado por las Farc”, que fue publicado por la revista *Nómadas*, No. 25, en octubre de 2006 (Bolívar, 2006).

19 Una investigación reciente sobre desmovilización individual encuentra que algunos desmovilizados de las Farc dicen con mucho orgullo que “uno no se debe apartar de los documentos” y que los guerrilleros que los manejan y que pueden hablar fluidamente se ganan el respeto de los otros. Además, la investigación cita a los desmovilizados de las Farc que dicen que “si la oligarquía tiene sus documentos, ellos también los tienen” (Cárdenas, 2005: 262). En la primera entrevista que Jorge Briceño da ante las cámaras insiste en que las Farc tienen programas, plataformas, estatutos, conferencias, y en que la “formación política” del guerrillero incluye el estudio de esos documentos, de revistas y de prensa (Gómez y Benavides, 1995).

Las Farc se orientan a comprobar que, durante toda su historia, han seguido y divulgado políticas determinadas. Las políticas, en tanto documentos, se exhiben como prueba de la consolidación y seriedad institucional; incluso, como recursos en la “búsqueda de respetabilidad a través de los criterios culturales de las formalmente educadas élites de la ciudad” (Braun, 2003: 2). Al respecto, son iluminadores dos señalamientos. Uno de Barrington Moore sobre los campesinos y la revolución, y otro de Manuel Marulanda sobre él mismo. Luego de reseñar las principales explicaciones de las revueltas campesinas en los procesos de modernización, Moore señala:

todas estas hipótesis adolecen del mismo error: atender en exceso al campesinado. Al reflexionar sobre el curso de cualquier rebelión preindustrial, advertimos que no puede entenderse sin referirla a las actitudes de las clases altas que, en gran parte, la provocaron. Otro rasgo notable de las rebeliones en sociedades agrarias es su tendencia a adoptar el carácter de la sociedad que combaten. (1991: 370)

Ambas cuestiones aparecen aquí en la constante referencia a los malos tratos de los jefes y en la lucha por conseguir reciprocidad, en el uso de una ideología para lograr respeto, en la producción y permanente referencia a sus documentos institucionales, en propuestas de comisiones y programas de transformación “política” para “resolver” los problemas, entre otras cuestiones. En una parte de su “autorretrato”, Marulanda enfrenta también estos problemas que conectan a los grupos rebeldes de campesinos con las clases altas de su sociedad. El comandante lo hace desde las ambigüedades propias de la distinción entre formación, cultura, conocimiento y experiencia. Al ser preguntado por Alape sobre la “formación cultural de un hombre”, dice Marulanda:

Mi formación prácticamente es muy limitada, porque dentro de unas condiciones de lucha armada, de unas condiciones de clandestinidad, de unas condiciones de movilidad de la guerrilla, dentro de unas condiciones adversas con la naturaleza, con el enemigo encima, con las dificultades económicas, con las enfermedades, esa formación cultural se da muy lenta, no puede uno ascender culturalmente tan rápido [...] si yo tengo oportunidad ahora en la tregua, en 2 o 3 años, y me siento en un determinado lugar y comienzo a recibir un grado de preparación cultural, voy a trepar bastante, porque tengo interés en hacerlo. Me acompaña ese interés y podría incluso, mejorar en muchas cosas. Entonces el nivel cultural es limitado y no es que carezca de conocimientos en muchas cosas, tengo mucha experiencia que lo pueda ayudar a uno, para participar y pueda servir y ayudar a conducir la lucha... A pesar de las limitaciones que uno tenga, puede ayudar mucho... (Alape, 1995: 198)

¿Cómo interpretar este texto? La insistencia de Marulanda en que no tiene elevados niveles de formación cultural, pero sí interés, y por eso puede “trepar bastante”, y en que tiene un “conocimiento” y una “experiencia” que pueden “ayudar”,

ilustra otra vez tres de las dinámicas emocionales que hemos venido trabajando. Una, el esfuerzo por conseguir respetabilidad a través de los criterios culturales de las clases urbanas educadas. De ahí la insistencia del comandante en que si *se sienta*, en el contexto de tregua puede ganar “preparación cultural”. Dos, la acreditación en la acción por la vía de recalcar que tiene el interés y que por eso pueden aprender rápidamente. Y, finalmente, ese texto vuelve a recordar las dificultades de comprensión de la propia experiencia social cuando se le juzga y se le lee desde las aproximaciones racionalistas a la política y al mundo social. No es que Marulanda carezca de conocimientos en muchas cosas, ni que no tenga experiencia. No<sup>20</sup>. Se trata de que el ordenamiento prevaleciente en las sociedades modernas privilegia la “formación institucionalizada” por encima de la experiencia, la ideología, y la formulación racionalista por encima del conocimiento concreto (Oakeshott, 2000). Más específicamente, el actual ordenamiento tiende a valorar como arma política “la formación ideológica” y no el conocimiento concreto y circunscrito de la vida social en unas determinadas zonas y entre personas también definidas<sup>21</sup>. Por otro lado, hay que decir que las Farc no tienen problema para reconocer el carácter reiterativo y “antiguo” de sus discursos. El Mono Jojoy dice: “No importa que sean antiguos (los principios), son como las Farc, viejos pero vigentes” (Farc, 22). Eso nos lleva de nuevo al problema de la historia de la violencia política, de los lazos emocionales que atan a los diversos actores y del lenguaje con el que se puede narrar o exponer esa experiencia.

## UN NOSOTROS QUE BUSCA LENGUAJE POLÍTICO

En las producciones verbales de la Farc detectamos un nosotros que busca cómo hablar de la política, un nosotros que narra experiencias que usualmente no son clasificadas o reconocidas como “políticas”, pero que en sus textos se presentan como prueba o evidencia de la exclusión o de la existencia de un proyecto alternativo. Como vimos antes, los discursos de las Farc combinan el repertorio emotivo del campesino y el del revolucionario. Tal combinación logra gran intensidad emocional en discusiones concretas sobre el objetivo de las negociaciones o las formas como la guerrilla percibe su relación con los otros grupos.

---

20 Cuando el comandante Camilo explica el liderazgo de Marulanda recalca que “no ha sido un hombre que ha ascendido en la academia, sino que la academia de él ha sido su vida en el monte, conduciendo tropa (Ferro y Uribe, 2002: 109).

21 En este punto aparece el racionalismo con sus tendencias a suponer que el pensamiento racional es EL pensamiento por excelencia, que no se ve constreñido por tiempo o lugar, que no debe encontrar límites en la historia y que es susceptible de ser enunciado a través de sentencias universales (Oakeshott, 2000; Elias, 1990).



### **Ésta es una causa hasta el final: uno no se puede cansar**

Un punto de intensa controversia emocional en la presentación que las Farc hacen de sí mismas tiene que ver con la posibilidad de que se desmovilicen y “reintegren” a la vida civil. Cuando el tema sale a colación, las Farc apelan a la retórica de contraste con las organizaciones guerrilleras que negociaron a comienzos de los noventa. Como resultado, exponen una intensa diferenciación entre lo que aquellas querían y lo que mueve a las Farc como organización. En la entrevista ya citada de Marulanda, en enero de 1999, le preguntaron cómo asumen ahora las Farc la vía política hacia el poder. El comandante respondió:

En lo político, por supuesto, jamás cometeremos los errores del pasado, no podríamos contentarnos con promesas como la repetición de los acuerdos de La Uribe cuando en medio del cese al fuego asesinaron a 25 guerrilleros. Ni tampoco aceptaríamos la fórmula empleada después para desmovilizar al M-19 y al Epl. Pues, si así fuera, lo hubiésemos hecho hace 10 años para evitarnos todo ese tiempo de vida en el monte. Esa experiencia fue nefasta: entregaron las armas ante promesas incumplidas y luego, miles de sus miembros sabemos cómo y por quién fueron asesinados. Le comento que esta es una causa hasta el final: todos los camaradas del secretariado lo tenemos bien claro. Hoy estamos nosotros al frente: mañana quizás no, pero ahí continuaría nuestra lucha hasta la victoria, porque estamos convencidos de lo que hacemos y de la necesidad de hacerlo. (Farc, 34)

En otra declaración, Marulanda de nuevo insiste en los contrastes entre este proceso de negociación y experiencias anteriores:

seguramente lo anterior [no detener la formación de los cuadros] molesta a los enemigos de la paz porque no han logrado entender que este proceso es distinto a los anteriores donde la insurgencia pactaba sin condiciones con el gobierno, se sometía a las leyes vigentes y pedía a través de la amnistía el perdón y el olvido. Ahora se trata de transformar el Estado en todas sus estructuras mediante acuerdos y negociación lo cual requiere perseverancia, tiempo y paciencia. (Farc, 40)

En otro texto, el mismo Marulanda recalca que ellos no aspiran a desmovilizarse a cambio de una casita o una beca. Incluso, ante la pregunta que le hicieron algunos parlamentarios sobre la disposición de las Farc a entrar en un proceso de amnistía, indulto o sometimiento a la justicia, se dijo que el líder guerrillero había dicho que “Al perro no se le capa dos veces”. Esta declaración fue confirmada por los distintos parlamentarios que se reunieron con él. Incluso, otro parlamentario comentó que los comandantes de las Farc habían dicho que “no están dispuestos a aceptar ninguna de las dos figuras jurídicas porque para ellos sería someterse a la justicia y no están dispuestos a que se les considere someti-

dos” (Farc, 14). Por su parte, otros comandantes insisten en que no están dialogando “para dejar de luchar por el pueblo” (Farc, 47) o en que las Farc jamás han hablado de desmovilización (Farc, 21).

Se trata de pronunciamientos intensamente emocionales, pues la expectativa del gobierno y de diversos grupos sociales frente a las negociaciones de paz era, precisamente, que la guerrilla anunciara su desmovilización. La intensidad emocional se logra gracias al uso de distintos recursos: la evaluación que se hace de la experiencia con las otras guerrillas —”fue nefasta”—, la reconstrucción detallada de los resultados del acuerdo de paz anterior, la aseveración de que se tiene conocimiento sobre quiénes y cómo procedieron en la ejecución de ciertos crímenes y la lectura irónica del pasado —”si así fuera, lo hubiéramos hecho hace 10 años”—. El carácter emocional se sostiene también en la insistencia en que “jamás” se desmovilizarán, en que no están dialogando para desistir de la lucha. Se trata de marcar contrastes y de juntar palabras que usualmente se oponen: diálogo y lucha, por ejemplo.

En cada uno de estos casos, las emociones se orientan, ya hacia el comportamiento o la motivación de otro, ya hacia una situación determinada o hacia un comportamiento propio. Se trata de emociones orientadas hacia el pasado y en las que sobresalen rasgos reactivos. La idea es recalcar que la organización se ha transformado, que ya no cae en los errores, o quizá, en las trampas de antes y que los enemigos no logran comprender la nueva situación. De hecho, en la segunda cita, la guerrilla enfatiza que ya no es la de antes, la que negociaba sin condiciones. Ahora quiere otras cosas y cree contar con los atributos necesarios para lograrlas. Otro señalamiento muy potente en el texto anterior, pero que permanece como algo bizarro en nuestra consideración de los actores políticos, de no tomarse en cuenta la referencia a la vida emocional, es el señalamiento que hace Marulanda de que la causa es “hasta el final” y la “lucha hasta la victoria”. Habíamos visto que, en la reconstrucción “estructural” de su historia, las Farc suponen una realidad cada vez más agobiante y que se traduce directamente en situación revolucionaria. Ahora, en este punto es claro que esa realidad también tiene un final y que hay una victoria determinada. Habría que investigar con más detalle qué tanto de racionalismo hay en esa “lucha hasta la victoria” y qué tanto hay de disposición pragmática, de actitud hacia la lucha permanente y que ha sido labrada en las condiciones en que se vive y en las que quien no lucha no tiene otra forma de vivir. Estos cuestionamientos quedan más claros con la lectura de los siguientes fragmentos de una entrevista que concedió Marulanda a finales de los ochenta al publicista Ángel Beccassino.

—¿Ahora en lo personal, usted metió toda su vida en este asunto, y nunca se ha cansado de esto?

—Ah, no. Es que uno no se puede cansar. Si uno se cansa, se friega, se le complica la vida. Si uno es consecuente con sus principios y sus causas que tiene, hasta que, hasta que... termine. Es como el campesino cuando comienza a hacer su finca. Comienza a trabajar su finca, a mejorarla, hasta que entrega sus últimos días en la finca. Es la misma cosa. Entonces, nosotros estamos aquí hasta entregar los últimos días que tengamos. (Farc, 1)

Después, y mientras respondía a la pregunta de cómo había terminado envuelto en problemas de violencia política, Marulanda recordó:

—Yo estaba muy muchacho [...] yo no tenía intereses en problemas políticos ni problemas sociales ni económicos. No. Nada. Ni se me ocurrían a mí esas cosas. Uno piensa hay que trabajar, para conseguir finca, para tener almacén y cosas de esas. No, no tiene uno metido en la cabeza otras cosas. Hay que aprovechar los primeros años de la vida para formar su propio patrimonio. Eso es lo que uno tiene metido. Uno no tiene metido ninguna otra cosa. ¿Violencia? No, ¡qué va a saber uno de violencia! (Farc, 1)

Las declaraciones que Marulanda hace aquí van a ser tomadas como prueba de la superposición de los dos repertorios emotivos que, por simplificar, denominamos el del revolucionario y el del campesino<sup>22</sup>. Es el comandante quien establece la comparación: el campesino le entrega sus últimos días a la finca y “nosotros” le entregamos los últimos días a la causa. La declaración que hace el primero, la “lucha hasta la victoria”, aparece también en el segundo —el campesino— en términos de una lucha por arreglar la finca, o, para citar el último texto, por “aprovechar los primeros años de la vida para formar su propio patrimonio”. Es curioso, de Marulanda se ha escrito que “ni le gustaba el trago ni le gustaba la pelea. Soñaba con negociar” (Molano, 1994: 53). Ahora sabemos que, aun cuando no pudo aprovechar su juventud para hacer patrimonio y aun cuando le tocó meterse “en esas cosas” que ni se le ocurrían —los problemas sociales y políticos— aquí está 50 años después “negociando” la paz. Así lo reconoce el Mono Jojoy en una entrevista cuando dice que quien está al “frente del negocio del canje” es Marulanda (Farc, 21), y así también se deduce de la experiencia de acercamiento con Betancur. En efecto, el negociador John Agudelo, a quien citábamos atrás, recuerda en una entrevista:

---

22 No es casual que en una entrevista con Jacobo Arenas, viejo líder de las Farc ya desaparecido, él haya insistido en que Marulanda podía ser campesino, “pero le gustaba leer libros” (citado en Braun, 2003: 2).

al año de iniciadas las conversaciones, Marulanda me mandó un pliego de peticiones y se lo devolví con una nota a mano que decía: “Manuel, como decimos allá en nuestra tierra, rebaje la mitad y vuelva y pida”. Como ustedes saben yo dediqué 40 años a negociar más de 2.000 convenciones colectivas de trabajo y como tal siempre discutía y pedía rebaja, y eso mismo lo apliqué a la negociación con las Farc. (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2004: 24)

Investigaciones posteriores sobre la vida emocional en las organizaciones armadas, en las que se incluyan distintos tipos de integrantes y se reconstruyan prácticas diferentes de las discursivas, podrán mostrar qué tanto de la disposición a luchar sin tregua en un grupo armado proviene de la necesidad de aprender a luchar para sobrevivir en otros espacios sociales<sup>23</sup>. También las homologías entre los lenguajes políticos y económicos de los actores resultarán reveladoras: “negociar la paz” y “negociar el patrimonio”, “defenderse en la guerra” o “defenderse” como campesino sacando a la venta unos productos (Farc, 1). Todo esto recuerda hasta qué punto la economía es la continuación de la guerra y de la política por otros medios (Ródenas, 1997). Al respecto, Elias muestra que los jóvenes proletarios alemanes tienen unos hábitos emocionales que facilitan su incorporación a las redes terroristas, por cuanto pueden aplicar la violencia sin necesidad de justificaciones intelectuales, como ocurre con el joven burgués. Los proletarios tienen que usarla para defenderse en otros espacios, para los burgueses se hizo la expresión “optar por las armas” (Elias, 1999: 274 y ss).

Esta reflexión nos permite introducir un último tema en la caracterización emocional que las Farc hacen de sí mismas: el esfuerzo por mostrar que comparten con otros colombianos del pueblo condiciones de exclusión.

### **Somos de los mismos: él es de acá**

En las producciones verbales de las Farc aparece una constante oposición entre nosotros y ellos, los de acá y los de allá. En contraposiciones de ese tipo se sostiene un discurso emocional que trata de producir vínculos entre las Farc y sectores determinados de la población. En un texto de las Farc, se lee:

Millares de compatriotas han tenido que padecer estos vejámenes, entre los que se encuentra nuestro Comandante en Jefe, Manuel Marulanda, detenido por la

---

23 Y podrán estudiar con detalle cómo se relacionan la exaltación del campesino que toma las armas, el campesino soldado, y la referencia al campesino cultivador (Gutiérrez, en Ferro y Uribe, 2002: 13).

policía rural, a comienzos de los años 50, en el alto Cumaral, Valle del Cauca, amarrado al cuello y conducido en estas condiciones hasta la población de Génova, Quindío, donde fue torturado. (Farc, 121)

De nuevo, las Farc “prueban” sus señalamientos usando las experiencias de grupos de pobladores específicos como evidencia, en este caso, la violencia sufrida por su propio comandante en jefe. En otras declaraciones es aún más explícito el vínculo emocional que las Farc construyen con otros sectores sociales. En una entrevista, le preguntaron al Mono Jojoy qué les decía a los prisioneros de guerra; él respondió:

Cuando llego los felicito por haberse rendido. Les digo que les escriban a sus familias y que tienen plena garantía de la vida con nosotros. Que “ante el vencido la clemencia”, como lo dijo Bolívar. Y cuando nos ponemos a charlar nos damos cuenta de que somos de los mismos: pobres, sin empleo, la familia llevada del berraco, sin mayores oportunidades en la vida. Me reciben bien y hablo con ellos. Cuando llego donde están los prisioneros, algunos dicen: “ahí llego el de los mil millones, nosotros buscándolo y ahora saludándolo de mano”. (Farc, 21)

Más adelante, en el mismo intercambio, le preguntaron:

—Usted es un hombre de origen campesino. ¿No le da pesar matar a soldados de su mismo origen?

—Cuando alguien se mete a las Fuerzas Armadas ingresa al poder real de este país. Los que defienden el poder político. Entonces eso hace que seamos enemigos de clase. Sí, claro, a uno le duele. A nadie le gusta eliminar a otro ser humano. Pero estamos en una guerra y hay que entender eso. (Farc, 21)

Estas declaraciones son reveladoras: cuando habla con los prisioneros de guerra, el Mono Jojoy descubre que “somos de los mismos: pobres, sin empleo, la familia llevada del berraco, sin mayores oportunidades”. El comandante se reconoce como campesino y reconoce a los otros soldados como personas con quienes comparte su origen. La diferencia está en que se hicieron “enemigos de clase” porque ellos decidieron ingresar al “poder real de este país”. Aquí, de nuevo, se articulan el lenguaje revolucionario y el pragmatismo campesino, como cuando le preguntaron al Mono Jojoy si las Farc reciben plata del narcotráfico, y él respondió que como organización cobran impuestos donde hay coca “porque tampoco se puede dejar ir así la platica” (Farc, 21). Una superposición similar de repertorios emotivos tiene lugar cuando le preguntaron al mismo jefe guerrillero por las relaciones entre las Farc y Serpa. El Mono Jojoy señaló:

[...] no ha hecho nada. Estuvo en Tlaxcala y estuvo en Caracas y se levantó de la mesa... Lo que pasa es que cuando la gente quiere ser oligarca sin ser de esa clase se jode, y eso le pasa a él, y él no es de allá. El que sí es de allá es Pastrana, el otro aceptamos que es el más popular, pero es más reaccionario que los reaccionarios del país.

—¿Los ha sorprendido Pastrana?

—No. Normal. Es como las personas que tienen cierto poder. Es una persona culta, tiene criterio y eso es bien importante. (Farc, 21)

Estos señalamientos delatan que la distancia social se vive como distancia topológica, como una contraposición entre los de aquí y los de allá, entre ellos y nosotros (Elias, 1998). Tal contraposición suele llenarse de contenido a través de la definición y clasificación emocional de los atributos que corresponden o deberían corresponder a cada clase: Serpa “se jode” porque no es de la clase con la que quiere estar; a Pastrana se le atribuye cultura y criterio porque tiene poder (Farc, 21). Obviamente, otros son los rasgos que el Mono Jojoy destaca de su comandante en jefe, Manuel Marulanda:

—¿Para usted quién es Manuel Marulanda?

—Primero, el símbolo de la lucha revolucionaria en este país, la dignidad de Colombia, el guerrillero más antiguo de este país y pienso que del mundo. Un hombre supremamente modesto, muy ejemplar, que ha sabido conducir este movimiento en el orden político y en el orden militar. Una persona muy sencilla. Para mí que llevo más de 20 años al lado de Marulanda es un jefe [...] Es el que nos ha hecho revolucionarios y por algo es el jefe de las Farc. (Farc, 21)

Así, para el Mono Jojoy, Marulanda es símbolo de la lucha revolucionaria y un hombre modesto, ejemplar, una persona sencilla, que ha conducido el movimiento y que “ha hecho” a los otros revolucionarios<sup>24</sup>. Estudios posteriores permitirán comprender cuál es el repertorio emocional desde el que se vuelve importante destacar la modestia, la sencillez y el “hacerse” —¿quién tiene que hacerse a sí mismo?, ¿quién puede hacer a otros?—. Destacamos su importancia y el hecho de que la insistencia en la sencillez va unida a ese rasgo emocional de los discursos emocionales de las Farc: la acreditación en la acción. Es ella la que comprueba la valía de alguien —“por algo es el jefe de las Farc”—, un jefe y el jefe. Será que el Mono Jojoy piensa lo mismo que pensaba el

---

24 El “retrato” que hacen “los compañeros” de Marulanda Vélez en distintos libros tiende a recalcar estos mismos rasgos (Alape, 1995: 205-223; Ferro y Uribe, 2002: 108 y ss).

negociador Agudelo Ríos: Marulanda es muy inteligente, “lástima que no hubiese tenido educación” (Oficina del Alto Comisionado para la Paz, 2004: 36).

### **El heroísmo diario y la lucha por el pueblo**

En la medida en que las Farc funcionan como una organización orientada a la conquista de la inclusión pretenden juntar distintos sectores sociales en la tarea autoimpuesta de transformar el orden (Elias, 1996: 167-169; Mancilla, 1990). Las Farc invocan a los luchadores populares para que juntos reformen lo que funciona mal en la sociedad. Así, por ejemplo, en una entrevista que hace la revista *Semana* a Tirofijo, en enero de 1999, él dijo:

Nosotros no estamos luchando —por decir algo— para que nos den una beca, o una casita o porque nos den un carrito, no. No se trata de eso. Se trata de que se produzcan cambios en beneficio de un pueblo que está siendo violentado desde hace muchos años. Y este pueblo así lo está entendiendo. El mismo hecho del crecimiento de la guerrilla a nivel de todo el territorio nacional así lo demuestra. Y esta vía es uno de los medios para que se den los cambios. (Farc, 25)

En sus textos insisten en la transformación de las condiciones de vida para todo el pueblo, y aunque a ratos se deslizan hacia la propia visión como sus representantes, es más frecuente que interpielen sectores concretos de la sociedad y que traten de hermanarse con ellos o de verse como parte de los marginados (Farc, 20). En una de sus intervenciones, el comandante Raúl Reyes dijo:

las Farc-Ep como parte de pueblo en armas, se solidariza incondicionalmente con la lucha de cada uno de los colombianos por conseguir mejores condiciones de vida, que los dignifiquen a él y a su familia. (Farc, 49)

La solidaridad incondicional se convierte otras veces en referencias puntuales a actores y situaciones concretas en que las Farc ven el desamparo estatal, condiciones indignantes, intenciones perversas o simplemente maltrato. En la última parte de las negociaciones, las Farc dirigieron sendas cartas a las organizaciones campesinas (Farc, 151), a los gremios económicos (Farc, 154), a las Fuerzas Militares (Farc, 155), a los profesores y estudiantes (Farc, 157), a los trabajadores colombianos (Farc, 158), al Congreso de la República (Farc, 152) y a la Iglesia (Farc, 153). En todos los casos, identifican cuestiones puntuales, manifiestan su apoyo a las luchas populares, critican el comportamiento de otros e invitan a construir acuerdos con el actor armado y a “actuar”. Recalcan también que son una organización del pueblo y para el pueblo (Farc, 35) y que en unión con todos los “revolucionarios de nuestro país” harán una insurrección popular y se tomarán el poder para el pueblo (Farc, 41).

## CONSIDERACIÓN FINAL

En los discursos emocionales de las Farc sobre sí mismas coexisten tres fuentes de legitimación política, cada una de ellas investida emocionalmente de forma diferente: la legitimidad que da lo que se siente; la legitimidad que dan la historia, la costumbre, la simple y efectiva existencia de las cosas y, finalmente, la legitimidad de la acción y del pensamiento racional. Cada una de estas formas de legitimidad pone en juego espectros emocionales parcialmente diferenciables. En la legitimidad de lo que se siente y en la que proviene de la existencia de las cosas como tal, se destacan emociones orientadas hacia el pasado, emociones que combinan interacción y comparación y que implican afectos y reacciones. En el lenguaje predominan las referencias a los sentimientos, los recursos retóricos de contraste y efecto presencia, así como aquellos que levantan un velo de sospecha y de juicio sobre una situación o un comportamiento.

Por el contrario, la legitimidad de la acción y el pensamiento racional suele descansar sobre emociones orientadas hacia el futuro, como la esperanza, por ejemplo, emociones afectivas o de larga duración que resaltan las capacidades de un grupo para resolver las situaciones y asumir sus responsabilidades. Estas emociones se apoyan sobre un lenguaje político en el que predominan los conceptos de expectativa, más que los experienciales (Koselleck, 2004). Además, el lenguaje técnico sirve para ganar respetabilidad social e influencia política y se sostiene en un esquema mental que resalta la factibilidad de las revoluciones, la necesidad de una planificación consciente del cambio y la obligación de ejercer un liderazgo<sup>25</sup>.

Cada una de esas formas de legitimidad se articula con los repertorios emotivos del campesino y del revolucionario y hace de las Farc una organización orientada a la lucha por el reconocimiento y la inclusión. Una organización en busca de un lenguaje para hablar de su propia experiencia como una experiencia política. Las Farc se ven a sí mismas como una organización capaz de introducir los cambios que el país necesita, y aunque recalcan que no se sienten “un mesías”, su activismo y su voluntarismo les hacen sobrevalorar su propia historia como organización; y les hacen creer, como dice el Mono Jojoy, que “nadie los va a atajar” (Farc, 21)<sup>26</sup>.

---

25 Varios autores han resaltado la importancia de estas características en las formas de actuar de los grupos de guerrilla (Mancilla, 1990; Elias, 1999).

26 Los elementos emocionales de la autocaracterización de las Farc coinciden mucho con los planteamientos de Mancilla sobre el “activismo voluntarista” y el “elitismo autoritario de las organizaciones guerrilleras” (1990).



**CAPÍTULO III**  
**AUC: FORMACIÓN ELITISTA, NORMALIDAD SOCIAL Y**  
**DIVERSIDAD REGIONAL**



El objetivo de este capítulo es mostrar que las Auc construyen un conjunto de discursos emocionales que nos permiten caracterizar esa organización como una formación elitista orientada a la defensa, la protección y la restauración<sup>1</sup>. El texto está dividido en cinco secciones que describen y analizan diferentes problemas que aparecen en los discursos emocionales de la organización armada<sup>2</sup>. Definimos a las Auc como una formación elitista para recalcar algunos de sus rasgos. Primero, el hecho de que la organización recoge los esfuerzos y la iniciativa de defensa de distintos grupos sociales y regionales ya constituidos. En ese sentido, no es una “patria social” ni una forma de conseguir o disputar la “existencia social”, como en el caso de las Farc. Es, más bien, una de las “modalidades de existencia” de sectores sociales específicos que gozan ya de cierto estatus o, por lo menos, de cierta estabilidad social. Eso se hace evidente en cuestiones concretas, como la recurrente apelación al “yo” en el discurso de los líderes, su insistencia en que ellos vivían en condiciones de “normalidad”, su forma de contar la historia de la organización, su énfasis en que ellos eran y son parte de la sociedad, y en que la guerra representa una ruptura

- 
- 1 La formulación “formación elitista” será aclarada más adelante. Por ahora es útil insistir en que no tiene que ver con disposición de recursos económicos, como en el uso habitual del término élite, sino con el hecho de atribuirse una misión o carácter especial frente al resto de la sociedad. Nuestra formulación tampoco implica que acojamos la literatura que hace de las Autodefensas un grupo financiado por los “ricos” de las regiones. La profesora Myriam Jimeno me hacía notar que el término “formación elitista” sugiere una visión “externa” y de “gran” actor y que tiende a desligarse de la manera como los actores conceptualizan su propia acción. Esto es parcialmente cierto. Sin embargo, he decidido conservar esa denominación porque también es cierto que distintos comandantes de las Auc insisten en que son representantes de la “buena sociedad”, “gente bien”. He tenido la posibilidad de constatar que si bien el término élite tiene un uso sociológico extendido, y un uso de “denuncia” en ciertos estudios sobre el paramilitarismo, también es un término usado en las regiones cuando se habla de los colegios, los clubes o los barrios de la gente bien. De cualquier manera, el trabajo de revisar la utilidad del término está en marcha.
  - 2 En su tesis de grado como antropólogo de la Universidad Nacional, Diego Higuera trabaja sistemáticamente distintas producciones verbales de las Auc en un contexto distinto al elegido por esta investigación y encuentra las mismas cuestiones aquí planteadas (Higuera, 2003). Ver también Estrada (2001).

temporal de su vida. La organización armada es, por tanto, un componente, uno de los instrumentos de operación de esos grupos sociales, un cómo que “activan o desactivan”, pero no su única posibilidad de aparición en el espacio social, como sí sucede en el caso de las Farc. Segundo, se trata de una formación elitista, no tanto porque sus comandantes u organizadores dispongan de muchos recursos económicos, sino porque se autoasignan un lugar destacado en la producción y conducción del orden. Se autoperciben y representan como “héroes”, como “víctimas” o como “benefactores sociales” a partir de la referencia a lo que Norbert Elias denomina “carisma de grupo” y “fantasías glorificadoras” (Elias, 1998). Tercero, en sus discursos, los líderes de las Auc combinan diferentes criterios de legitimidad, invocan valores que consideran universales (el derecho a la defensa, por ejemplo), pero también hechos o rasgos de la configuración histórica de la sociedad colombiana que les resultan valiosos o dignos por sí mismos: la diferenciación regional, por ejemplo.

#### LA “NORMALIDAD SOCIAL” DE LAS CONDICIONES PERSONALES: HABLO “YO”

Las distintas producciones verbales de las Auc presentan una organización conformada por esposos, padres, empresarios y vecinos de las regiones que tuvieron que comenzar a defenderse de los excesos de la guerrilla pero que han aprendido a operar como un Estado Mayor.

#### **El yo de la “buena sociedad”**

Los diferentes líderes de la organización recalcan su condición de ciudadanos y civiles y se presentan, todo el tiempo, en términos de “yo” (ver, especialmente, Auc, 31, 59, 61, 62, 70). El comandante Jorge 40 señaló en una entrevista:

[...] yo estoy aquí obligado por la historia. Por defender una opción de vida. ¿Sabe por qué entré a las autodefensas? Porque yo que soy de una familia educada, con buena posición social, sólida económicamente. Porque me cansé del Eln y las Farc, de sus abusos en general, y de los de Ricardo Palmera [“Simón Trinidad”], en particular. Hubo un tiempo en el Cesar en el que nos tocaba ir de rodillas ante estos grupos guerrilleros a pedirles que no nos boletearan más, que no nos extorsionaran más, que no nos secuestraran más, que no nos asesinaran más, que no nos robaran más nuestro ganado, que nos dejaran vivir en libertad. Yo me armo y me defiendo. A mí no me dejaron opción. (Auc, 70)

En una dirección similar se orienta Mancuso, quien afirmó:

Yo, que crecí y me eduqué con el sueño de servir a la sociedad, confieso, nunca imaginé que el torbellino de la violencia terrorista, me golpeará de forma súbita en mi pueblo natal del valle del Sinú, y que la extorsión y la amenaza de secuestro y muerte me obligaran a salir en defensa propia, de mis seres queridos y de la Patria, hasta quedar inmerso en esta guerra que desangra a Colombia. (Auc, 59)

En ambos casos, se trata de relatos centrados en el yo y de actores que ya tienen un lugar en sus respectivas sociedades: el lugar dado por ser de una familia rica o por crecer con el deseo de servir. A propósito, habría que preguntar: ¿quién crece con ese sueño?, y quién crece con el sueño de Marulanda que se citaba en el capítulo anterior: “aprovechar los primeros años de la vida para formar su propio patrimonio”. Aquí se encuentra un interesante indicio de cómo ciertas emociones tienen una determinada morada material o se sitúan en un lugar específico en las relaciones de estatus y poder (Kemper, 2001). Algo parecido sucede con el comandante Ramón Isaza, quien, al recordar la historia de las Autodefensas que él dirige, o más puntualmente, de “su” agrupación y “sus hombres”, enfatiza que empezó a defenderse desde su condición de concejal municipal y ante las transformaciones que las acciones de la guerrilla introdujeron en el orden local (Auc, 61).

La persistencia con la que los líderes de las Autodefensas hablan en primera persona tiene que ver también con su percepción de que la guerra es una interrupción en su vida, y la paz, un retorno, aun cuando nunca dejaron de ser ciudadanos (Auc, 25). De hecho, en una entrevista, Mancuso se refiere a la organización como “un breve lapso en nuestra vida” (Auc, 20), y en otra intervención pública, señaló:

Hemos luchado en defensa de Colombia durante 24 años contra el flagelo de las bandas guerrilleras. No estamos reclamando nada a cambio. Sólo pedimos que el Estado nos permita retornar a nuestra normalidad social que un día perdimos al defendernos cuando él no estuvo para hacerlo. (Auc, 38)

Para nuestro objetivo, mostrar que las Auc funcionan como una formación elitista orientada a la defensa, estas declaraciones resultan reveladoras. Los comandantes de la organización insisten en situarse en la normalidad social, dentro de la sociedad, en el adentro que define la ley<sup>3</sup>. En palabras de Castaño, con la

---

3 Como en otros casos, esta declaración tampoco es efecto del ritual “negociaciones de paz”. En septiembre de 2000, Carlos Castaño concede una entrevista a Luis Jaime Acosta de la agencia Reuters; en ella insiste en que las Autodefensas sí pueden retornar a la sociedad “porque hemos sido sociedad. Somos sociedad. En el caso de la guerrilla es diferente. El 80 por ciento de los combatientes de las Farc son analfabetas y son personas que están en regiones de donde fueron reclutados desde los 10 o 15 años y ellos nunca conocieron el Estado. En el caso de los subversivos hay que hablar de inserción a la

reinserción, “la sociedad los devuelve a su seno [...]” porque ellos no salieron “de la delincuencia” (Auc, 35), ellos “también fueron sociedad” (Auc, 39), ellos “ya tenían bienes” cuando entraron al conflicto (Auc, 55). La “solvencia” o la “prestancia social” funcionan como barrera de entrada a las Auc (Auc, 72). La referencia a la normalidad sustenta, precisamente, la reivindicación de lo personal, de los sueños del “yo”, que la guerra interrumpió. De ahí que se quejen por los “costos personales de ingresar a la ilegalidad” (Auc, 13) y que hagan de eso personal un criterio clave de referencia aun en la desmovilización. En una entrevista, le preguntaron a Mancuso si los combatientes de las Auc podrían conformar unas nuevas fuerzas militares. Él respondió:

Cada uno tiene sus legítimas expectativas para la etapa tan anhelada del post-conflicto. Pienso que es una excesiva simplificación considerarlos en bloque porque ello deja de lado sus aspiraciones personales de vida que solo fueron dejadas de lado momentáneamente para proteger a la Patria, en tiempos de indefensión que una vez sean superados con felicidad abrirán otra vez la puerta de los sueños postergados pero nunca olvidados. Para algunos puede que la vocación descubierta los lleve a la profesión militar, pero no creo que sea el caso de la mayoría. (Auc, 5)

Es interesante la distinción que hace el comandante entre aspiraciones personales y hechos o motivaciones altruistas que explican la necesaria constitución de la organización armada en un momento determinado. La centralidad aquí de la “necesidad de la patria” y la circunstancia que favorece la constitución de la organización aclara nuestra insistencia en que la agrupación armada no es el modo de existencia social de los pobladores, sino una de sus modalidades de acción. Al mismo tiempo, esa referencia deja entrever un juicio sobre la propia motivación y el comportamiento del grupo —“proteger a la Patria”— que da un carácter altamente emocionalizado al discurso. De hecho, la insistencia en que se proviene de la “nor-

---

sociedad porque nunca fueron sociedad, en el caso nuestro, de retorno a la normalidad social”. La insistencia de que la guerrilla está por “fuera” de la sociedad puede detectarse también en una caricatura publicada en la página web del bloque Élder Cárdenas y que fue descrita y analizada por Higuera (2003). La caricatura se llama “Farc man y ELeNa contra el bienestar y la justicia”. Higuera señala: “Farc man y ELeNa retrata las acciones, como lo indica su título, de dos personajes. El primero, es un cerdo negro bípedo que cubre su gorda figura con un traje verde oliva que deja al descubierto su voluminoso estómago, lleva un sombrero del mismo color y en el hombro derecho una toalla blanca. ELeNa es una calavera con cabello rubio cuyo cuerpo es una figura femenina cubierta con vestido corto verde oliva. Es evidente que Farc man es una figura fisionómica en la que el jefe de las Farc-Ep es transformado en animal” (Higuera, 2003: 130 y ss). El autor describe varias entregas de las caricaturas y muestra cómo el bloque de las Auc “animaliza” a sus rivales guerrilleros. El discurso emocional que cada grupo armado construye sobre el rival está pendiente; sin embargo, Higuera hace valiosos señalamientos al respecto.

malidad”, que se ha estado dentro de la ley y que “se ha sido sociedad” expone de la manera más “neutral posible” una valoración específica de la situación en donde la guerra los toma por sorpresa. Las emociones se orientan entonces hacia la calificación por contraste de la situación. Queda claro que ellos vienen de la sociedad, que no vienen de la delincuencia, que nunca han dejado de ser ciudadanos y, por eso mismo, no pueden recibir el tratamiento de otros actores armados. Ellos sí están o han estado por fuera de la normalidad, de la sociedad y del orden, pero no así los comandantes de las Autodefensas. La idea “fuimos sociedad” delata la noción de sociedad como “buena sociedad”, sociedad son los grupos de personas prestantes o por lo menos provistas de cierta respetabilidad local (Elias, 1996).

Adicionalmente, la referencia del comandante a las vocaciones de los combatientes es otra forma de “personalizar” y de recalcar el carácter anormal de la guerra para ellos, pues las Auc insisten en que terminaron metidos en la guerra sin “formación militar, ni vocación guerrera” (Auc, 62), y habiéndose formado para el trabajo honrado (Auc, 86).

Incluso, Mancuso dice que los años que le dedicó a la guerra se “los robó a su familia, a sus amigos y a su vocación empresarial” (Auc, 38), y que, una vez desmovilizados, los miembros de las Auc van a vivir de su vocación agrícola e industrial (Auc, 20). Es claro para ellos que, como grupo social, tenían o tienen otras trayectorias posibles, otras “formas de operar”, otras “vocaciones” distintas a la guerra<sup>4</sup>; en obvio contraste con las Farc, en donde los diversos líderes constatan de forma recurrente que por fuera de la organización no hay nada para ellos. Antes de mostrar cómo se produce la articulación de todos estos “yo” en un proyecto común de autodefensa, conviene señalar que el énfasis en las condiciones personales no sólo se da en la explicación del origen de la organización armada sino también en la forma como ella enfrenta distintas coyunturas.

### **El yo del cuerpo armado**

Ante las continuas discusiones sobre la relación entre las Auc y el narcotráfico, las producciones verbales de la organización aclararon las responsabilidades personales (Auc, 22). En momentos de desmovilización o “desactivación” del cuerpo armado, los comandantes siguen hablando desde el yo, y sólo puntualmente hacen

---

4 Es llamativa la insistencia de las Auc en su “vocación”. Según el diccionario, tal palabra significa “Inspiración con que predestina la Providencia para un papel determinado [...] Aptitud especial para una profesión o carrera” (Larousse, 1983: 1070).

referencia a un nosotros que incluya a “los otros muchachos” (Auc, 90, 91). Se trata, como veremos también más adelante, de unos “yo” a los que se atribuye un especial carisma.

Ahora bien, la referencia al yo no está exenta de contradicciones. En una entrevista con Rodrigo Tovar, alias Jorge 40, se lee:

—Existe la percepción de que su posición no es la que predomina entre los demás comandantes de las Auc. ¿Eso no marca una distancia muy grande entre los demás comandantes y usted?

—Este es un Estado Mayor democrático, en donde se respetan las posiciones individuales de cada comandante. Cada comandante tiene su percepción del país que quiere ver y eso hace que tengamos identidad propia, identidad que se debate internamente. (Auc, 71)

De nuevo, el énfasis está puesto en las posiciones individuales de cada comandante, pero se recalca que pertenecen a un Estado Mayor<sup>5</sup>. Al respecto, es útil la referencia a una intervención de Carlos Castaño, quien señaló: “Mancuso reúne todos los requisitos para ser mi sucesor. Pero sin el complemento de Ramón Isaza. . . y de muchos otros comandantes, también sería insignificante, como lo soy yo” (Auc, 6).

Tenemos entonces que, aun cuando los discursos enfatizan el “yo”, también subrayan la naturaleza colectiva de la organización (Auc, 63, 73).

Desde nuestra perspectiva, el hecho de que los comandantes hablen desde el “yo” delata la existencia de unas condiciones específicas de interdependencia “favorables” a la elaboración de lo personal y en las que se encarna la desigual relación de estatus. Puesto de otra manera, no todas las personas, ni todas las sociedades, ni en todos los tiempos, se han elaborado las historias o los discursos en términos de “yo”. Proceder de esa manera deja ver que se cuenta ya con cierto espacio de distanciamiento material frente a la dependencia del nosotros de origen y que, por esa vía, se ocupa un lugar más o menos establecido en las relaciones de poder. Elías muestra que el uso de pronombres como yo, nosotros o ellos sirve como indicio de la experiencia del orden social que tienen los diferentes grupos. Experiencia que, por lo demás, siempre es emocional. El autor insiste en que la posibilidad-necesidad de presentarse como yo o como un nosotros está determinada por condiciones materiales que facili-

---

5 En el texto “La complejidad paramilitar: una aproximación estratégica” de Juan Carlos Garzón (2005) puede consultarse el cambiante panorama organizativo de las Auc, así como una identificación puntual de los principales líderes involucrados en la negociación: Carlos Castaño, Salvatore Mancuso, Vicente Castaño, Don Berna, Ramón Isaza, Ernesto Báez, Jorge 40, Miguel Arroyave, entre otros.



tan la separación de un grupo o que lo hacen imprescindible para la defensa y la definición de la valía social (Elias, 1990). En su trabajo, Elias comenta la tendencia contemporánea a pensarse como un yo carente de nosotros, pero también documenta las distintas relaciones históricas entre “yo y nosotros” y el hecho de que al segundo suelen corresponder acciones de defensa (Elias, 1990).

Estos planteamientos de Elias resultan de gran utilidad en la investigación, pues nos alertan sobre el significado emocional y la morada material de las producciones verbales construidas sobre el “yo” o sobre el “nosotros”. En efecto, las emociones suelen dirigirse, en estos casos, hacia el carácter propio o el del grupo y hacia la valoración de las motivaciones o los comportamientos de cada uno. Los comandantes de las Auc suelen hablar desde el “yo”, por las condiciones de normalidad en las que antes vivían, pero la necesidad personal de defensa los hace reactivar su participación en un nosotros.

Como se verá en lo que sigue, es claro que, aun cuando se da centralidad política y explicativa a las decisiones del “yo”, ellas están protegidas o respaldadas por el nosotros que reúne distintos comandantes y/o líderes regionales en torno al “derecho” a la legítima defensa. Esto, en contraposición con lo que sucede en las Farc, en donde no se habla en términos de yo y en donde el funcionamiento del grupo armado como patria social impone la permanente elaboración del nosotros.

#### “SABER LOS UNOS DE LOS OTROS”: ACTIVACIÓN DEL GRUPO REGIONAL

En las distintas producciones discursivas de las Auc se destaca el “yo” de los diversos comandantes, pero también la idea de que, desde distintas regiones, ellos activaron y luego desactivaron una “estructura armada”. Los comandantes se refieren a la organización como eso: “una organización” un “aparato armado”, un “ejército de contención”, un “aparato militar”, con el que han hecho frente al “azote guerrillero” (ver, especialmente, Auc, 76, 82, 83). A diferencia de lo que pasa con las Farc, las Auc hablan de sí mismas como un aparato, como un componente de algo más grande que puede o no seguirse usando, seguirse necesitando. Las Auc son una modalidad de operación de unos hombres que decidieron organizar la defensa de sus bienes y familias y que ahora desde las regiones piden reincorporación al estado y la “clausura digna de la actividad militar realizada” (Auc, 27). El comandante Mancuso dijo en la desmovilización del Bloque Catatumbo:

La mayoría de los hombres de la autodefensa, comenzamos esta lucha sin saber a dónde llegaríamos. Vinimos por separado, muy jóvenes, en un momento de la

existencia cuando el alma vibra en el cuerpo y sentimos que lo podemos todo. Llegamos agobiados por el acoso, la extorsión y el terror impuesto por las guerrillas y por unos gobiernos que desertaron de sus responsabilidades, y nos dedicamos a defender lo propio; no solo bienes y familia, sino la vida, un modo de existencia, unos hábitos y una idiosincrasia amenazados. (Auc, 90)

En otra investigación habría que estudiar aquello de “muy jóvenes” y en momentos en los que “el alma vibra en el cuerpo”. También está por estudiarse la idiosincrasia que se percibe amenazada y en donde, sin duda, el derecho a hacer política tiene un lugar fundamental. Por ahora, subrayamos dos señalamientos del comandante: “vinimos por separado” y para “defender lo propio”, en donde incluye “un modo de existencia, unos hábitos y una idiosincrasia amenazados”. En efecto, la organización de autodefensa defiende algo que había antes, un “modo de existencia anterior”, como padres, esposos, empresarios. Modo de existencia que no sólo antecede a la organización armada sino que opera todo el tiempo como su referente, su marco y, en algún sentido, su dirección. Se activa la organización armada para defender ese modo de existencia y para restablecerlo. Se trata de una etapa militar en un proyecto o en una situación más amplia (Auc, 13). La referencia a las Auc como una organización de defensa de un modo de existencia social o como una etapa militar entra en claro contraste con lo que pasa en las Farc, en donde, como vimos atrás, la organización es EL único modo de existencia social de campesinos y colonos marquetalianos. La agrupación armada es la forma de disputar el existir, el ser vistos y tenidos en cuenta. Fuera de la institución no hay nada. Antes de ella no había nada y, posiblemente, después de ella tampoco. De ahí que las Farc no estén negociando una desmovilización o reinserción. Ellos no tienen a qué reinsertarse. Varios textos de las Auc desarrollan este punto (Auc, 81). En su reconstrucción de la historia de la organización, Mancuso apuntó:

Pensamos entonces que un ataque al enemigo le haría respetarnos y ceder, pero el enemigo creció y nuestra fuerza se agigantó ante la mayor amenaza. Crecimos al ritmo de nuestras necesidades de defensa, y nos unimos, cuando desde cada región, observamos cómo, gentes de bien, indefensas y desprotegidas, por instinto de supervivencia, procedían de manera similar ante la amenaza. Siempre actuamos en legítima defensa, primero de nuestras familias, luego de nuestras regiones y después de nuestra patria. La solidaridad de nuestros coterráneos así nos lo imponía. (Auc, 90)

En este señalamiento son muy sugestivas las distintas tendencias de acción y los antecedentes cognitivos de la emoción. Según Mancuso, ellos pensaron que, si hacían un ataque, el enemigo iba a “respetar” y a “ceder”. Pero, por el contrario, el enemigo se crece, ante lo cual ellos agigantan su propia fuerza. Se trata de un discurso emocional en el que de forma aparentemente descriptiva se contraponen

relaciones de estatus y emociones de comparación. Si el otro ataca, nosotros atacamos buscando el respeto. Si no cede y su fuerza se agiganta, nosotros nos agigantamos también. Una lógica de reciprocidad y de comparación que luego se alimenta de la observación de lo que hacía otra “gente de bien” que también estaba indefensa. Como esa gente de bien seguía una tendencia de acción similar —de nuevo, se trata de un campo de comparación—, empezaron a defender a sus familias, sus regiones, y entonces se unieron y empezaron a defender a la patria.

Como se ve en la reconstrucción de este párrafo, el discurso pone en juego distintos componentes de la emoción sin darle mucha fuerza explícita a lo que se siente. De todas formas, el texto deja claro que en la tendencia de acción frente a la amenaza del enemigo fue importante constatar que “gente de bien” de distintas regiones procedía de manera similar. En este punto, la referencia a la “gente de bien” opera precisamente como un juicio sobre el carácter de otros y, más precisamente, de otros cuya estima resulta deseable. Gente de bien equivale a sociedad, a buena sociedad. Como ellos en esas regiones se defendieron, los otros en estas otras regiones también podían defenderse (Auc, 61). Algo similar se desprende del recuento que hizo el comandante Ramón Isaza:

Por ese entonces en Puerto Boyacá, donde existía el mismo problema y quizás más grave, porque allí ya estaban secuestrando personas, quitando fincas, extorsionando, algunos hombres, entre ellos el señor Gonzalo Pérez, Pablo Guarín y otros, se estaban también uniendo para el mismo fin y al saber los unos de los otros, entonces hicimos una unión, que sirvió para cerrar la llegada de la guerrilla. Conformamos entonces las hoy Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio, a las que luego se unió Cundinamarca [...]. (Auc, 61)

Es muy interesante la referencia que hacen los comandantes a lo que pasa al “saber los unos de los otros” y se produce la unión para cerrar la llegada a la guerrilla (Auc, 61). En sus trabajos sobre *La sociedad cortesana* (1996) y sobre *Los alemanes* (1999), Elias llama la atención sobre la importancia de los lazos entre iguales o pares sociales de diferentes regiones, aun por encima de las regulaciones estatales. El autor recalca la existencia de un “canon de las clases superiores” que se activa frente a hechos de violencia y que, en cuanto código de honor o respetabilidad compartido por ciertos grupos destacados, predomina sobre las leyes del estado (1998: 88). Al respecto, es útil leer a Mancuso:

Yo ingreso a la autodefensa porque había una subversión que me estaba agrediendo, estaba ultrajándome, que dijo que si no cumplía con las exigencias de ellos me mataban. [...] El último derecho que pierde el ser humano es el de defenderse y me defendí y cuando me defendí me subí en un entigri [sic] que me pude bajar porque si no la guerrilla me mataba, luego cuando el Estado no cum-

ple con la función que le corresponde y la guerrilla nos está agrediendo a nosotros y a millones de colombianos, el último derecho que pierde es el de defenderse, con actos que son de legítima defensa. Entonces en la medida en que me esté involucrando en este proceso, venía gente de todo el país a preguntarme cómo hemos hecho, cómo enfrentamos el fenómeno, conocí a Fidel, conocí a Carlos e iniciamos un proceso el cual se volvió inagrecible [sic] medida de que nuestras acciones tuvieron repercusiones de tipo jurídico y nos tocó meternos en la clandestinidad y a las montañas de Colombia. (Auc, 21)

Se trata de un texto llamativo. El comandante arranca hablando desde el “yo”, recalcando que la guerrilla lo agrede, lo ultraja y amenaza con matarlo. No se habla de la situación conflictiva del país ni del contexto sociopolítico. No. Hay una agresión personal y una reacción de defensa. Más adelante veremos con detalle cómo funciona la apelación al derecho de defensa. Por ahora subrayamos que, como en la cita de Isaza, es la necesidad de defensa la que pone a Mancuso en contacto con un nosotros determinado. Nosotros que se alimenta de gente que venía “de todo el país” y de *conocer* a Fidel y a Carlos. Ahí se inicia “el proceso” y él termina metiéndose en la clandestinidad y en las montañas. Un editorial del Bloque Norte cuenta la historia de manera parecida:

Las Autodefensas que habían brotado espontáneas en distintos sitios de la geografía nacional, sin discurso ideológico y sin unidad de mando, comenzaron a intercambiar experiencias y a transitar un camino de crecimiento conjunto que fue consolidando territorios, desplazando a las guerrillas y llenando el vacío que se negaba a ocupar un Estado cada vez más ausente. (Auc, 15)

De este texto recalcamos la referencia a que las autodefensas *brotan* espontáneamente en distintos sitios de la geografía, no tienen un discurso ideológico, y que es el hecho de comenzar a intercambiar experiencia el que las hace transitar juntas y desplazar a la guerrilla. En las producciones verbales de las Auc, esta historia del movimiento es recurrente y sustenta el énfasis de algunos líderes en la necesidad de que el gobierno y la sociedad reconozcan el carácter confederado de las autodefensas y la diversidad regional que las caracteriza (Auc, 3, 59). Además de la insistencia en que *unos conocen a los otros* y que gente de todas las regiones venía a ver cómo en el Sinú estaban enfrentando la guerrilla, es interesante notar que, entre los comandantes, las diferentes procedencias regionales definen la organización armada y su carácter de confederación. En una entrevista, Miguel Arroyave dijo:

—Hay que entender que las autodefensas son una confederación en la que hay diversos grupos con intereses propios. Nos une el deseo de conseguir la paz, pero la diversidad de los comandantes y de intereses propios de cada bloque ha creado algunas fricciones. Algunos no quieren desmovilizarse, otros sí, pero ahí vamos [...]

—¿Ha tenido usted diferencias con otros comandantes en la mesa?

—Naturalmente, porque nuestras concepciones son muy distintas. Y es lógico porque con algunos comandantes nos separan tres cordilleras y eso es mucha tierrita de por medio. (Auc, 72)

La “tierrita de por medio” entre unos y otros comandantes de autodefensa sale a colación tanto en las discusiones sobre el origen de la organización como en las dificultades implícitas en la constitución de una unidad de mando (Auc, 6, 39). En la sección pasada veíamos el peso discursivo del “yo” y de la “normalidad anterior a la guerra” en los discursos de las Auc. En este acápite hemos enfatizado que la organización armada es la activación de las capacidades de defensa de una “gente de bien” en las regiones. Gente que, ante el ataque guerrillero, comparte la misma tendencia de acción: defenderse aun por encima de las regulaciones del estado. Esas distintas procedencias regionales de los comandantes se traducen también en una consideración altamente emocionalizada de los problemas de región y nación en las negociaciones de paz.

### **Una organización que representa a la región**

Las Auc reiteran su interés de dar respuesta a los problemas de la nación que se salieron de las manos de lo que denominan “burócratas ciudadanos” (Auc, 59). Mancuso suele referirse a los comandantes como “líderes naturales” y “representantes de las regiones que deberán desempeñar un papel muy activo en la política” (Auc, 114). En una entrevista, le preguntaron si su interés en la política es personal o si es una aspiración de las Auc como organización. El comandante respondió:

Los tres grandes problemas de Colombia son paz, seguridad y empleo, y si uno no actúa políticamente no tiene forma de resolver esto. Y si se queda en el monte menos. En los escenarios políticos que hay hoy, falta conocimiento y representatividad. Los políticos están tratando de resolver problemas que no conocen, de regiones que no conocen y de comunidades que no representan. (Auc, 114)

Más adelante, en el mismo intercambio, le preguntaron:

—¿Hay más comandantes u otros miembros de las Auc con las mismas aspiraciones políticas que usted?

—Sí. Pero esa no es una aspiración que salga de uno; lo que pasa es que se termina aceptando como una consecuencia de la voluntad de la gente que durante años se sintió apoyada en nosotros. Recuerde que hablamos de zonas en donde el Estado nunca estuvo y los comandantes ejercieron un liderazgo natural. Es más, yo me atrevería a pensar que gran parte de los inconvenientes que

la ley ha enfrentado en el Congreso se deben a que algunos políticos tradicionales se sienten incómodos ante la perspectiva de que nos permitan participar en política, por la competencia que ello supone en territorios donde ellos ostentan el monopolio. (Auc, 114)

Reproducimos por extenso estos planteamientos del comandante Mancuso porque nos dejan ver que, así como la procedencia regional era un rasgo a destacar en el proceso de constitución de las autodefensas, así sigue siendo de crucial importancia cuando se piensa en qué es lo que ellas quieren de la desmovilización. Los discursos de las Auc insisten en el carácter regional de la organización. El hecho de que el comandante Mancuso hable permanentemente a los políticos, pero que lo haga desde la reivindicación del liderazgo ejercido por los hombres armados en las regiones, es ilustrativo del lugar que ellos se asignan en la tensión entre regiones y nación. Más aún cuando entre las razones para su desmovilización aducen la “restauración de los vasos comunicantes entre Estado y Nación” (Auc, 62, 93). Ernesto Báez se orienta en ese sentido cuando habla de la “reincorporación de las regiones al Estado” (Auc, 93). “Reincorporar” parece una acción neutral, pero si nos detenemos en ella, pronto descubrimos que se trata de hacer que “dos cosas hagan cuerpo una con otra” de nuevo. Se trata, pues, de que las regiones vuelvan a ser parte del cuerpo del estado. Ahí ubican los comandantes de las Auc parte de sus motivaciones. En la desmovilización del Bloque Calima, en diciembre de 2004, el comandante Mancuso fue muy enfático al respecto:

Sé que no es fácil entender nuestras motivaciones. Para los que no nos conocen y viven fuera de la órbita de las regiones colombianas, no debe ser fácil entender que entreguemos los fusiles, que nos despojemos de la potestad de dar la última palabra en todo aspecto de la vida regional, que renunciemos al poder que otorgan las armas. Y esa incompreensión la entiendo. Parte de una displicente sensación de superioridad, que les dicta a quienes la sienten, que somos una horda de mercenarios al servicio de nosotros mismos. Ellos se niegan a entender la realidad de las provincias. (Auc, 95)

El pronunciamiento de Mancuso es bastante explícito. Conocerlos y en alguna medida comprender su proyecto implica entender la realidad de las regiones y provincias. Allí ellos han tenido la potestad de ser la última palabra. Es notable también que el comandante se ocupe de aclarar que quienes no los comprenden parten de una sensación de superioridad que a su vez se apoya en la negativa a entender la realidad de las provincias. Se trata de una presentación emocional de sí mismos que recalca el que suelen ser incomprendidos y juzgados como hordas de mercenarios, pero más aún, que tales juicios se desprenden —y viene ahora el juicio sobre el comportamiento y la motivación del otro— del desconocimiento o de la negativa a comprender la vida regional. La reivindicación de la pertenencia y el

conocimiento regional, y del hecho de que las regiones deben *volver a ser cuerpo* del estado alimentan nuestra caracterización de las Auc como una formación elitista de defensa y restauración en dos sentidos. Primero, recuerdan que las Auc recogen y articulan grupos regionales “establecidos”, grupos que ya tienen una “existencia social” y cuya trayectoria de acción es defenderse. Segundo, la referencia a la reincorporación de las regiones y a que los comandantes son “líderes naturales” y verdaderos representantes de aquéllas funciona como indicio del lugar que estos grupos se atribuyen en el orden social. Atribución que quedará más clara cuando analicemos la autorrepresentación que las Auc hacen de sí mismas como una organización heroica, o como benefactoras sociales. Por ahora sabemos que, en sus discursos, las Auc recalcan las diferencias regionales y las exhiben como rasgos de su “antigüedad” o “estabilidad” como franja social.

Elias, en su “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados” (1998) muestra que la dimensión temporal o la historia compartida por un grupo se traduce en importantes diferenciales de poder (1998: 116). El autor analiza los repertorios emocionales con que “familias viejas” de un vecindario se relacionan con los recién llegados a éste. Encuentra que la prolongada convivencia de las primeras les daba un grado de cohesión grupal de la que no gozaban los segundos, y que tal rasgo se tradujo en una sensación de superioridad humana entre aquellas familias (1998: 118-123). Para el objetivo de este texto, tal comparación resulta de gran utilidad. La acción violenta de las guerrillas dio pie a la activación de las relaciones entre viejas familias de las regiones, que se conocen unas a otras y que ponen en marcha un ejército de contención, una estructura armada que defenderá su existencia<sup>6</sup>. Los comandantes Mancuso, Isaza, Castaño y Jorge 40 dejan claro que, en su defensa, apelan a viejos lazos sociales que tenían con otros vecinos, con otros pares de las regiones. Eso los sitúa en un lugar destacado de la jerarquía de estatus y poder y los hace exhibir un nosotros particular y más o menos delimitado en el que la procedencia y prestancia regional resuelven un clásico problema:

Cómo y por qué unos hombres se perciben como partes del mismo grupo y se incluyen unos a otros dentro de los límites grupales que ellos mismos establecen al hablar de “nosotros”, mientras excluyen a otros como pertenecientes a otro grupo, al que se refieren colectivamente en términos de ellos. (Elias, 1998: 116)

---

6 El investigador Teófilo Vásquez me llamó la atención sobre el hecho de que los distintos grados de “antigüedad social” pueden ayudarnos a explicar el contraste entre las Auc y las guerrillas: porque a pesar de todas las diferencias regionales, las Auc pueden recoger y juntar distintas redes de poder local; mientras que las organizaciones de guerrilla que son mucho más afines ideológicamente y comparten un proyecto revolucionario no han logrado operar como coordinadora guerrillera (conversación personal).

El carácter de formación elitista de las Auc está marcado precisamente por la definición que los líderes hacen de un nosotros, en el que se distingue el “yo” de los diversos comandantes y una amplia gama de “ellos” que va desde los combatientes de la misma organización hasta los guerrilleros.

### **De la defensa a la seguridad**

En el acápite anterior se insistía en que los discursos de las Auc presentan a la organización como una estructura armada que ciertos grupos regionales activan o desactivan según sus necesidades de defensa frente a las agresiones guerrilleras. El objetivo de este apartado es mostrar que la defensa está investida de una gran connotación emocional y que sirve como bisagra que articula a los grupos regionales y que convierte al ejército de contención en un Movimiento Nacional Antisubversivo (Auc, 59).

En sus textos, las Auc señalan que la organización nació de forma espontánea y en “legítima defensa propia” (Auc, 59). Más aún, las Auc suelen hacer un recorrido que parte de la defensa de la propia vida y la dignidad, “la economía de nuestros hogares”, y pasa por los bienes, las familias, y luego parte hacia la defensa de los territorios, “nuestras regiones”, “nuestras comunidades” y la patria (Auc, 37, 59, 104). Sin embargo, antes, en ese mismo discurso, Mancuso había dicho que hablaba por todos aquellos que “caminan sin descanso defendiendo esta Colombia desconocida para los muchos, patrullando en parajes peligrosos y solitarios, donde acecha el enemigo terrorista” (Auc, 59). También Rodrigo Tovar, alias Jorge 40, señala el desplazamiento entre la defensa personal y la de otros “bienes”. En una entrevista, se lee:

—Hay una tendencia en ustedes que sorprende mucho y es la de hablar con un tono patriótico, de salvadores, casi como si el país les saliera a deber.

—Nosotros nos la jugamos primero por defendernos, defender a nuestras familias y patrimonios, pero en esta defensa también defendimos de un ataque a muchas regiones y dentro de ellas a sus pobladores. (Auc, 70)

La constante y ordenada mención de aquello que las Auc defienden —su vida, honra, dignidad, bienes, familias, regiones, comunidades, patria— es indicativa tanto de la historia de la organización, como de la jerarquía de valores que en ella predomina. En ambos casos se arranca de la relación con lo personal y desde ahí se van tejiendo vínculos con lo colectivo, con la patria. Esa que comienzan a conocer mientras la patrullan.



Ahora bien, no siempre se cuentan las necesidades de defensa en el mismo orden. En un texto, Mancuso explicó que ellos participan del proceso de negociación con:

los mismos irrenunciables fines de defensa de la vida y de la libertad, de la seguridad y de la dignidad nacionales, que alentaron nuestro nacimiento, en pasadas y trágicas circunstancias de agresión totalitaria y terrorista a la que nos resistimos por instinto vital innumerables colombianos agredidos por la subversión y desamparados por un Estado y unos gobernantes que habían perdido el timón y el rumbo y nos condenaban a la indefensión. (Auc, 25)

Es interesante que, en este texto, la defensa de la vida y de la seguridad y la dignidad aparece, al mismo tiempo, como punto de partida de la organización y no como conquistas y transformaciones que se fueron dando en la historia. Aquí quedan puestos en el mismo nivel emocional e histórico lo “personal” y lo “colectivo”. Interesa también destacar de ese texto la puntada sobre el “instinto vital”. Y es que la alusión a la defensa suele también estar asociada a comprensiones “naturalistas” de la vida social: los integrantes de las Auc defienden “instintivamente” su vida y sus bienes (Auc, 15). La invocación de la defensa tiende a naturalizarla —*es instintiva*—, tiende a relacionarla con emociones como *angustia e indefensión* y a ignorar su especificidad como una tendencia de acción particular ante la agresión. Como se recordará, uno de los componentes de la emoción es la tendencia de acción asociada. Aquí es claro que la defensa opera como la tendencia de acción casi natural entre aquellos que se enfrentan a las agresiones de la guerrilla.

Pero si, por un lado, la defensa aparece como un instinto, por otro lado, aparece como un derecho que no se pierde nunca (Auc, 11), un derecho que es propio del ser humano y anterior a la ley positiva (Auc, 21). Los comandantes establecen un vínculo entre el derecho a la legítima defensa y un orden natural anterior al estado y al derecho positivo. No se habla aquí de lo que se siente, pero cuando se define algo como “natural” o “universal”, se pretende sacarlo de cualquier debate político y consagrarlo como una verdad, como algo que se impone por “naturaleza”. El carácter emocional del discurso proviene de la consagración de la defensa como un derecho, como algo propio e indiscutible en el ser humano.

Las Auc insisten: “sólo nos hemos defendido”, pero a renglón seguido glorifican tal comportamiento como algo que se hace “al servicio de la Patria” y que los convirtió en quienes proveen de seguridad a millones de “colombianos honestos y de buena voluntad” (Auc, 59). Incluso, en sus discursos afirman que ni siquiera el cese de hostilidades los exime de la “responsabilidad de defender a las poblaciones y regiones de los ataques de la guerrilla” (Auc, 59) y que la realidad de la confrontación les impone “un compromiso con las comunidades más allá de la seguridad que les brindamos [...]” (Auc, 62).

No tenemos información suficiente para analizar los procesos de transmutación cognitiva y las transformaciones históricas que permitieron que el derecho a la defensa personal se convirtiera en responsabilidad con la seguridad de las comunidades. Hablamos de transmutación cognitiva, pues, como han mostrado varios investigadores, las emociones tienen efectos cognitivos (Elster, 2002). La situación que inicialmente se leía como una amenaza a la vida y la libertad individual y, por lo mismo, un contexto que exigía la defensa, se convierte, por el desarrollo de la interacción entre los actores y por las emociones que acompañan tal proceso, en una oferta de seguridad y de restauración del orden para los grupos sociales. De emociones que subrayan la agresión de que se es víctima se pasa a emociones que recalcan la misión del grupo y su especial carisma.

Es conveniente constatar aquí que el discurso de las Auc recoge bien lo que diferentes investigaciones han mostrado: la convivencia en esa organización de grupos orientados a la autodefensa campesina, grupos claramente paramilitares y señores de la coerción que venden seguridad (Romero, 2003). Además, es importante subrayar que es la trayectoria emocional e histórica que va del derecho a la defensa a la provisión de seguridad la que permite articular los grupos regionales en un Movimiento Nacional de Autodefensa, convertirlos en hermanos de Causa (Auc, 3) y producir autocaracterizaciones en que ellos son héroes y benefactores sociales.

## HÉROES, VÍCTIMAS Y BENEFACTORES

Uno de los rasgos más sobresalientes en las producciones verbales de las Auc es su tendencia a considerarse héroes y benefactores de las comunidades. Como en otras formaciones elitistas, los comandantes de las Auc recalcan sus condiciones particulares, aquello que Norbert Elias define como “el carisma especial de grupo” y que hace que juzguen sus comportamientos y su carácter como pruebas de la superioridad que se autoatribuyen (1998). El comandante Salvatore Mancuso dijo ante el Congreso:

Apenas ahora, a partir de este Proceso de Paz con las Auc se conoce la historia dura, heroica y hasta mítica de las Autodefensas. Verdadera epopeya de libertad de la Nación y del Pueblo colombiano, cuando se hizo cuestión de vida o muerte, asumir con dignidad la defensa patria y tomar medidas excepcionales para liberar nuestro suelo del azote guerrillero... el juicio de la Historia reconocerá la bondad y grandeza de nuestra causa [...]. (Auc, 59)

Algo parecido hizo en el discurso de instalación de la Zona de Ubicación de Ralito, en julio de 2004. Allí, Mancuso aclaró que ellos tuvieron que crear la organización por “física necesidad” y

porque Dios en nuestras conciencias nos decía que ése era el camino correcto, que la patria nos exigía ese sacrificio y que pasada la hora trágica, llegarían al fin tiempos mejores y de reconocimiento por parte de la Colombia oficial, a la “otra Colombia”, que las Autodefensas ayudamos a salvar y preservar de la muerte, de la pérdida de su libertad y del azote comunista. (Auc, 62)

Estos textos ilustran una tendencia emocional de la organización: calificar su comportamiento como un “auténtico y patriótico sacrificio”, como una “ofrenda” a la nación colombiana, como una “magna empresa” (Auc, 59, 62, 114). Las Auc insisten en que su historia es “heroica, dura, mítica”, una “epopeya de la libertad” (Auc, 59); subrayan que han usado la violencia como “forma de defensa ejercida heroicamente” (Auc, 59) y que “la situación de la patria” exigía tal sacrificio. En sus textos, los comandantes aluden repetidamente a “la responsabilidad”, al “sentido del deber”, a la “amarga obligación”, al “deber moral” que orientan sus acciones y sus relaciones con las comunidades (Auc, 23, 26). Afirman que “donde el tejido social se deshacía”, “no podíamos ni debíamos permanecer indiferentes” (Auc, 27). De ahí que se hayan erigido en “la representación auténtica de los colombianos desprotegidos por el Estado” (Auc, 1). Además, los líderes enfatizan que los anima una “misión” contra la guerrilla (Auc, 33), califican su “Causa” como “justa y noble” (Auc, 91), y hacen hincapié en que “liberaron de las guerrillas a media república” y evitaron que se consolidará en el suelo patrio otra Cuba u otra Nicaragua (Auc, 3, 59). Por esa vía, recalcan el ideario antisubversivo del movimiento y que salvaron a Colombia del “azote comunista” (Auc, 31). Cuando, en una entrevista, un periodista le dice a Jorge 40 que los integrantes de las Auc son asesinos, el comandante contrapuntea que son “luchadores por la libertad del país” (Auc, 70).

El contenido emocional de estas declaraciones tiene por objeto intencional las motivaciones y el comportamiento propio, el carácter de los miembros de la organización y la existencia de una situación amenazante en el suelo patrio. Las emociones se expresan con palabras y adjetivos que evalúan y “engrandecen” a la organización armada. Se trata, pues, de discursos emocionales que reposan en las alusiones a lo patriótico, al sacrificio y a la ofrenda, palabras todas con las que se evalúa y presenta el propio actuar<sup>7</sup>.

La connotación emocional de esos discursos queda más clara si preguntamos: ¿quién tiene o puede ofrendar algo?, ¿quién se sacrifica?, ¿a qué otros tipos de

---

7 No pudimos estudiar las connotaciones religiosas del lenguaje político de las Auc. Podemos recordar, sin embargo, que “ofrenda” significa, según el diccionario, “un don que se ofrece a Dios o los santos. Lo que ofrecen los fieles por sufragio a los difuntos. Lo que se ofrece para una obra de caridad. Dádiva o servicio en muestra de gratitud o amor” (Larousse, 1983: 736).

comportamiento se opone el comportamiento patriótico?, ¿quiénes sienten a Dios en sus conciencias?, ¿quiénes pueden liberar a otros o al suelo patrio y por qué? Jugar con esas preguntas deja entrever también los efectos evocadores que los discursos quieren producir al construir una historia de los integrantes del aparato armado en donde se resalta su heroísmo.

La autocaracterización como héroes que hacen los comandantes de las Auc no tiene sólo por objeto la historia de constitución de la organización y su trayectoria, sino también su comportamiento en medio del proceso de paz como tal (Auc, 91). Se refieren a la audacia, la resolución, la valentía, la entereza y el sacrificio que los caracteriza, con los que alimentan una “fantasía autoglorificadora del grupo”. Tales caracterizaciones desatan un conjunto de emociones que, como el orgullo o el honor, hablan de la prevalencia que el grupo se autootorga en la jerarquía de estatus y poder. En esa dirección deben leerse varias declaraciones de los comandantes. Por ejemplo, su insistencia en que la desmovilización de más de tres mil hombres es un “gesto de incontrovertible honestidad con el compromiso de paz” (Auc, 85); su idea de que respetar la vida de los guerrilleros que salgan por efecto del acuerdo humanitario, así como el retorno de 415 niños de la guerra son gestos que revelan la “grandeza de desprendimiento” que caracteriza a la organización armada (Auc, 60) y, finalmente, su reiteración de que el respeto de los derechos humanos es “contribución indispensable” que ellos hacen para el alivio humanitario del conflicto armado (Auc, 41). Las Auc suelen presentar sus decisiones y motivaciones como gestos grandiosos, magnánimos, que van más allá del deber y la necesidad.

A lo largo de las negociaciones del gobierno con las Auc, éstas han insistido en que, como castigo a su “su patriotismo, su altruismo y su buena fe”, no pueden recibir la cárcel (Auc, 54), y en que su “aporte a la nación en este momento histórico” es precisamente su reincorporación a la vida civil (Auc, 19). Ante las distintas críticas que ha recibido el proceso de negociación del gobierno de Uribe con las Auc, los comandantes han llamado la atención sobre el hecho de que buscan y aceptan la justicia, pero no la venganza (Auc, 41, 43), y que están imbuidos de un espíritu patriótico que hace que la negociación sea un gesto de nobleza criolla y una apuesta por el honor (Auc, 43). El carácter emocional de los discursos proviene de la retórica contrastiva, del efecto presencia y de la constante polarización entre sus motivaciones y lo que el estado les endilga.

En todas estas declaraciones, el carácter elitista de la formación proviene de la imagen que los dirigentes de las Auc tienen de sí mismos como hombres nobles. De hecho, la naturaleza elitista de la formación no está definida por la disposición de bienes económicos o por el proyecto económico del grupo, sino por el lugar que éste se asigna apelando a distintos recursos de acreditación: la normalidad en la

que vivían, su prestancia social, su capacidad para actuar guiada por valores y principios, entre otros puntos. En un texto ya citado, Norbert Elias señala que

hasta el día de hoy la persecución de intereses económicos —por elástico y ambiguo que sea el uso del término— aparece para mucha gente como objetivo “verdadero”, como meta fundamental de los grupos humanos. En comparación con éste cualquier otro objetivo aparece como menos real, no importa lo que eso puede significar. Existe la dificultad de hallar los conceptos adecuados para hablar de ellos, porque los que en la actualidad están al alcance tienen un sabor idealizador; suenan como si se hablara de algo no del todo real, no tan real y tangible como el objetivo de calmar el hambre. (Elias, 1998: 110)

La insistencia de Elias en la contraposición entre un tufillo idealizador y una demanda de evidencia tangible a la hora de indagar sobre los “objetivos” de un grupo resulta de gran utilidad para revisar las sospechas frente a la autoconsagración de los paramilitares como héroes o “luchadores por la libertad de este país”. Parecería que para ser considerados héroes deberían estar desprovistos de cualquier interés material o personal.

Desde nuestra perspectiva, habría que preguntar cuándo y por qué es importante para algunos grupos sociales, y no sólo para algunos individuos, emerger o ser considerados “héroes” o por lo menos alguien que se destaca. ¿Cómo entender, en tanto fin u objetivo de un grupo social, su propia existencia y respetabilidad? Puesto que los hábitos de pensamiento establecidos recalcan el predominio de lógicas económicas en las diferentes formas de movilización armada, resulta difícil comprender que, en ocasiones, el “amor propio”, la respetabilidad o la opinión que los otros se hagan del propio grupo resultan determinantes. La insistencia de distintos jefes paramilitares en que ellos son héroes no puede separarse de la matizada jerarquización de valores concretos que ellos hacen y del hecho de que hayan “salvado” o “conservado” lo que percibían como amenazado por lo que denominan “yugo terrorista”. La fuerza emocional del discurso como héroes suele acompañarse de una descripción de las condiciones en que los mismos comandantes, esta vez como padres de familia o esposos, fueron víctimas de la agresión guerrillera y la indolencia estatal. En una entrevista, el comandante Rodrigo Tovar, alias Jorge 40, hizo una significativa declaración al respecto cuando le preguntaron cómo iba a hacerse la reparación a las víctimas:

—¿Quiénes son las víctimas? Porque nosotros fuimos las primeras víctimas, de un ataque y de un olvido, el secuestro, la amenaza, el boleteo, la extorsión, el asesinato, la expulsión de nuestras tierras, empezó contra nosotros por parte de la guerrilla, y no hubo Estado para defendernos. (Auc, 70)

Responder con una pregunta tiene un efecto emotivo de confrontación bastante fuerte (Perelman, 1997). En sus producciones verbales, las Auc se

autopresentan como víctimas, en un lenguaje concreto que habla del dolor en el corazón, de la disyuntiva ética, de la amenaza contra los seres queridos y, en últimas, de la inmisericorde agresión guerrillera. Es un discurso emocional que tiene por objeto intencional la situación de amenaza, el comportamiento de la guerrilla, su carácter y la tendencia de acción propia: aceptar el desafío (Auc, 48, 70). Es en esa trama en donde debemos situar la transmutación de la víctima en héroe. La acción de la guerrilla y la debilidad del Estado los hacen víctimas, pero la naturaleza propia, el carisma del grupo, los hace héroes.

Ahora bien, en las autorepresentaciones del grupo se destaca otro lenguaje emocional, menos “heroico”, pero no por ello desprovisto de “grandeza” o de alusiones al carisma particular del grupo. Se trata de un lenguaje político en el que se superponen visiones “técnicas y desarrollistas” del mundo social con lecturas paternalistas de lo que puede ser la relación entre el pueblo y quienes se sienten sus responsables. Se trata de la autorrepresentación de las Auc como “benefactores sociales” y como promotores del desarrollo.

En efecto, los discursos de las Auc están llenos de referencias a la defensa que la organización armada ha hecho de la democracia, pero también, de la infraestructura y del desarrollo en el país. Parte de las “fantasías autoglorificadoras del grupo”, que lo convierten en una formación elitista, tiene que ver precisamente con su capacidad para promover desarrollo, seguridad y bienestar comunitario (Auc, 59, 62). Las Auc han defendido la infraestructura y han conseguido dar a la sociedad condiciones para el desarrollo. Eso lo consideran característico de su misión y su compromiso social. Se debe preguntar qué comprensión de la sociedad sostiene tales ideas. La insistencia en que los discursos de las Auc las presentan como una formación elitista se apoya precisamente en la constatación de que no todos los actores sociales se imputan un compromiso o una misión social, y que al hacerlo, delatan el lugar que se asignan en la jerarquía social. Aquel que tiene que notificar su compromiso social es también aquel que vive cierto distanciamiento con esa sociedad.

Es revelador al respecto que las declaraciones de los comandantes insistan en que “Nunca fue interés de las Auc perpetuarnos en el cumplimiento de una función excepcional de protección y desarrollo comunitario que corresponde legítimamente y de manera inequívoca e insustituible al Estado” (Auc, 25), pero que nunca expliquen los antecedentes cognitivos y los vínculos emocionales que hicieron posible que ellos asumieran esa responsabilidad. Puesto de otra manera, aunque en sus discursos reconocen que ellos asumieron funciones que corresponden al estado, no explican con detalle por qué. En esos momentos de la argumentación los líderes recurren al “deber moral” y a la “amarga obligación”. Nosotros tenemos que preguntar por qué ante la “desprotección estatal” se activa tal “deber” y la organiza-

ción asume funciones del estado. Como hemos visto, las emociones son procesos de interacción en los que es posible discernir distintos componentes: antecedentes cognitivos y tendencias de acción, por ejemplo. En el caso de los discursos de las Auc, es sugestivo que su tendencia a convertirse en héroes y benefactores se expone como algo natural, como el único camino ante la desprotección del estado. No había otra salida, ellos tenían que asumir las funciones que pertenecen a aquél. Si no, ¿quién? Se trata del funcionamiento de lo que Elias denomina “el canon de las clases superiores”, y que hace que ciertos grupos se sientan pares del estado o que puedan activar sus relaciones de defensa y protección por encima de las regulaciones de aquél (Elias, 1999). Veremos esto con más detalle en el capítulo sobre las relaciones de las Auc con el estado.

## UNA ARDUA TAREA: LA DELIMITACIÓN DEL NOSOTROS

Una de las peculiaridades en el discurso de las Auc es su permanente producción de diferencias y, más puntualmente, de contrastes entre sus distintos miembros o entre ellos y los integrantes de otras organizaciones armadas. Si en el caso de las Farc veíamos la recurrencia de un nosotros que se desplaza entre los marquetalianos, los campesinos, los luchadores populares y los colombianos, éste es un nosotros abierto y que busca ser llenado, ser inclusivo; en el caso de las Auc, tenemos un nosotros que busca distanciarse, conservarse cerrado y diferente de “ellos”. Entre los criterios utilizados para crear esas diferenciaciones se cuentan la historia particular del grupo, la relación con una ideología, el uso de la violencia, la apelación a valores y consideraciones éticas y el vínculo con otros grupos sociales, entre otras cuestiones. Se trata de un problema de gran relevancia en las producciones discursivas de las Auc y de gran importancia teórica, pues, como Norbert Elias ha mostrado, los grupos establecidos y las formaciones elitistas se ven sometidos continuamente a la elaboración y exhibición de lo que consideran que les es particular, propio y dado, y que los hace diferentes de los demás grupos (1998).

En el caso concreto de las Auc como formación elitista, llama la atención la permanente diferenciación entre comandantes y combatientes de la propia organización. Contraste que se logra a través del uso de recursos retóricos como los demostrativos —“esos muchachos”—; las explicaciones detalladas sobre los rasgos de “ellos” y las fiestas para “ellos”; y, finalmente, la insistencia de algunos comandantes en que “sus hombres” son como “sus hijitos”. En cuanto a la oposición entre Auc y grupos de guerrilla, el contraste se logra a partir de la autoatribución de motivaciones “más” éticas y de comportamientos más “ajustados” a la historia y a la racionalidad.

En ambos casos, se trata de contraposiciones altamente emocionalizadas en donde se hacen distintos juicios sobre las motivaciones, los comportamientos y el carácter de los actores implicados. Las emociones recalcan la comparación entre unos y otros e insinúan el lugar que cada uno “debe” tener en la estructura de estatus y poder.

### **Las autodefensas “puras”: narcotráfico y razón social**

Una de las cuestiones que ha desatado cierta controversia emocional en las negociaciones del gobierno de Uribe con las Auc, y que tiene importancia en los esfuerzos de la organización por “delimitar” su nosotros, está relacionada con la diferencia entre “autodefensas puras” y otros tipos de autodefensa. Se trata de un debate entre comandantes o líderes de la organización en torno al vínculo que ellos tienen o han tenido con el narcotráfico y con otros sectores delictivos. Debate que los ha obligado a incluir en sus discursos una constante defensa de su naturaleza política, que ha revelado los enfrentamientos dentro de la organización, pero que también ha propiciado una producción discursiva “sincera” frente a la sociedad (Auc, 31). Las declaraciones de los comandantes hacen un constante ejercicio de delimitación emocional del “nosotros” que consideran propio. Primero, recalcan que son un actor político y que no tienen nada que ver con bandas comunes, delincuentes o narcotraficantes (Auc, 31). Segundo, aluden a la relación “pedagógica” que suelen establecer, ya sea con sectores delictivos, con sus propios combatientes o con las comunidades (Auc, 26 y 73).

Los motivos de confrontación entre los distintos grupos de autodefensa escapan de los objetivos de este trabajo, así como la relación entre ellos y el narcotráfico. Registramos, sin embargo, que varios señalamientos hacen diferenciaciones del tipo autodefensa *vs.* comportamientos delictivos, autodefensa *vs.* narcotráfico y, en el último caso, autodefensa autóctona *vs.* autodefensa foránea. Diferenciaciones que han sido comentadas por la literatura secundaria sobre la confrontación armada (Romero, 2003), y de la que aquí se destaca el correlato emocional. La importancia emocional de este problema en la autocaracterización de las Auc se hace explícita en los señalamientos de Castaño sobre el hecho de que “es inocultable la penetración del narcotráfico” en la organización (Auc, 6). Más aún, en su “*mea culpa*” por esa situación y la advertencia que sigue:

Es claro, el estigma del narcotráfico nos envuelve o salpica a todos en las Autodefensas, y a buena parte de Colombia, y no es solo imaginación y guerra



publicitaria de nuestros enemigos, es también una evidente realidad, por la cual estamos pagando caro, y sin duda hay unos más culpables que otros. Yo acepto mi plena culpa por no haber sido capaz de impedirlo pero, solo me faltó recurrir a la fuerza y la violencia para evitarlo. En las Auc contuvimos a los narcos y el narcotráfico en algunos casos, mientras en otros lo impulsaron, grave contradicción. Craso error. Y aquí hay que decirlo, es la verdad lo que ha difundido esta página de las Auc, a otra cosa no se prestará ella. “Colombia Libre” informa sobre las autodefensas y el conflicto sí, pero con la verdad, no es para ocultarla; es que uno no puede ir cambiando a su antojo nombre sucio por limpio, o identidad y razón social cada que desee lavarse lo sucio, porque rápidamente lo identifican y dejan de creer en uno, y lo más grave, dejan de creer en el gremio que integramos y representamos. No se puede utilizar más el nombre de Autodefensa para esconder a cuanta actividad delincencial se practique. Si seguimos así, cada que se mencione públicamente el término “Autodefensas”, la gente lo asociará con delincuencia simple y rampante que utiliza ese nombre para conveniencia y lo desconoce para respetarlo. Y no puedo exceptuar, ni a las mismas ACCU, porque ahí también padecemos el virus que carcome hoy a casi todas las Autodefensas. (Auc, 11)

En este párrafo convergen distintos rasgos del discurso emocional de las Auc. El énfasis en el “yo” —“acepto mi plena culpa”—; la existencia de fuertes contrastes dentro de la organización —unos contuvieron y otros impulsaron el narcotráfico—; la insistencia de que en sus comunicaciones relatan la verdad; y, algo muy importante para esta parte del argumento, la advertencia de que el nombre de la autodefensa no puede esconder actividades delincuenciales, so pena de que la gente ya no les crea. Es más, la declaración del comandante Castaño deja claro que la organización necesita que crean en ellos, en el “gremio” que integran y representan, en la trayectoria de su “razón social”. Ambas referencias, gremio y razón social, notifican el carácter instrumental o de aparato que tiene la organización. Ambas nos ponen al corriente de la necesidad de estudiar cómo se “usa” el nosotros de las Autodefensas, quiénes lo usan y para qué esta “razón social”, y quiénes pueden y quiénes no atribuirse la pertenencia a este “gremio”.

Es necesario también reconocer aquí que ambas referencias asignan respetabilidad al quehacer de las Auc y expresan de manera “formal”, y casi “neutral”, las distinciones que veíamos atrás entre autodefensas puras y otras actividades. El carácter emocional implícito en esas diferenciaciones queda claro si se recuerda que sólo ciertas actividades colectivas tienen razón social y sólo ciertos grupos pueden definirse como gremios. Aunque la representación corporativista de la so-

ciudad que se desprende de estas citas está por estudiarse, ya puede reconocerse que ambos, razón social y gremio, son características de quienes se incluyen en la sociedad y consideran legítima su actividad<sup>8</sup>.

### **Ellos, los combatientes**

Otra diferenciación que se hace permanentemente en los discursos de las Auc y que evidencia su naturaleza de formación elitista es el contraste entre comandantes y combatientes. Contraste que aparece, sugerido ya, cuando el comandante Mancuso apuntó en una entrevista: “yo dije que cuando iniciáramos un proceso de negociación serio e irreversible le daba la cara al país para que conocieran qué pensamos los comandantes de las Auc” (Auc, 21). Se podría decir, luego del análisis de las distintas declaraciones, que aquello que piensan los que no son comandantes y que están en las Auc no se conocerá y ni siquiera importa en la presentación que esa organización hace de sí. Es significativo también que, en momentos de crisis de las negociaciones, Mancuso haya subrayado que “los comandantes de las Auc tienen voluntad de paz”, pero que no haya hecho ningún comentario sobre los combatientes (Auc, 114).

El comandante Rodrigo Tovar, alias Jorge 40, sí se refiere a los combatientes y lo hace en unos términos que resultan bastante explícitos de la forma como ellos son tratados en la organización. En una entrevista le preguntaron por el compromiso de los empresarios con el proceso de paz, y, luego de reclamar que ellos deberían colaborar más, el comandante señaló:

Mire, por ejemplo, el caso de los desmovilizados. ¿Cuántos trabajos han creado? ¿Cuántos de nuestros ex combatientes ahora tienen un puestico? Casi ninguno, por no decir ninguno. Eso nos pone a pensar porque nosotros sí nos vamos a desmovilizar en grande; entonces, esa es una señal errada porque uno dice qué va a pasar con todos estos muchachos. (Auc, 70)

En esa declaración destacamos varios puntos: el uso del posesivo “nuestros ex combatientes”, la referencia a que ellos necesitan “un puestico”, y el no tenerlo es

---

8 En algunos discursos, las Auc se refieren a sus acciones en términos de “el trabajo de nuestros comandantes”. Así, por ejemplo, en un pronunciamiento, subrayaron: “consideramos que es nuestra responsabilidad ante Colombia insertar nuestro trabajo, personal y colectivo, de manera legal y consensuada, en el fortalecimiento de la democracia, pero no de la democracia en abstracto [...]” (Auc, 15). La autocaracterización del grupo armado como organización racional suele aparecer en la relación con otros sectores de la sociedad. En el capítulo dedicado a ese tema tendremos oportunidad de revisarla.

lo que nos pone a pensar a “nosotros” —¿cuál es el nosotros?—, y finalmente, la pregunta sobre lo que les pasará a “estos muchachos”. Queda clara la distancia entre comandantes y combatientes, entre el “nosotros” de las Auc y “estos muchachos”. Distancia en la que se sostiene una amplia gama de vinculaciones emocionales que van desde la consideración paternalista —“mis hijitos”— hasta la idea de que, como tales, esos muchachos deben ser sensibilizados, educados o por lo menos no mandados a la muerte así no más.

En el primer caso, son ilustrativas las declaraciones que Ramón Isaza hace con ocasión de los 27 años de la Autodefensa que él lidera. A continuación reproducimos por extenso apartes de ese discurso que captan bien el lugar que se asigna al combatiente en la organización y el tono paternalista con el que en ocasiones se le exalta. Dijo Isaza:

Hace 7 años empecé con esta celebración de cumpleaños de las Autodefensas, [...] con el ánimo de rendir un homenaje a todos y cada uno de los hombres y mujeres que me han acompañado a través de nuestra existencia como grupo armado [...] Luego de los protocolos militares de rigor, al dirigirme a los Combatientes, los invito a seguir en la lucha, a mantener en alto el nombre de las Autodefensas Campesinas, a ser ejemplo, a comportarse como verdaderos patriotas, los exalto y les doy “moral”, como se acostumbra decir dentro del argot popular. Aprovecho luego para escuchar las quejas, para enterarme de lo que acontece en cada uno de los frentes en materia de manejo de personal, para conocer los problemas de toda índole que tienen mis muchachos y tratar de darles personalmente solución. [...] Desde el día anterior y en la madrugada, un grupo de personas, entre familiares y amigos, se apresta a preparar las viandas, otros a empacar los cientos de regalos, que donados por ganaderos, comerciantes y amigos de la región, les entrego a cada uno, como recuerdo. Un radio, una grabadora, un reloj, una “muda de ropa”, como decimos en nuestra tierra, unos zapatos u otras cosas. Otros, a adecuar un sitio donde recibirlos, en fin, ese día es de ellos y para ellos, es un día para atenderlos y hacerles ver lo valiosos que son, para tratar de hacer de esa, una fecha inolvidable, de grata recordación, un momento de paz en medio de la guerra. No solo son regalos, algunos son condecorados, reconociéndoles su valor, su lealtad, su disciplina, compañerismo, etc. Y a mitad de la tarde empieza la fiesta, música, trovas, chistes, presentaciones especiales preparadas por los patrulleros, un compartir, cosa que termina a tempranas horas de la noche, porque todo debe volver a la normalidad, fiesta que como experiencia es gratificante, porque es una de las pocas oportunidades que tienen los homenajeados de charlar de “tú a tú”, conmigo y sus Comandantes inmediatos y de conocer a muchos que solo habían oído nombrar [...] Muchos no estarán en esa fecha

participando de las celebración, entre ellos, los hombres bajo mi mando, los Comandantes de cada frente junto a sus hombres, los hijitos, como cariñosamente los llamo, esto debido a la distancia física que nos separa, pero eso no es obstáculo para que estén en mi corazón, uno a uno desfilarán por mi memoria y recibirán el abrazo amigo y agradecido que siempre les he brindado y en ese abrazo silencioso irá un ruego a Dios para que los cuide y ayude. (Auc, 104)

Este texto nos permite identificar una serie de cuestiones que denuncian a las Auc como una formación elitista en la que los combatientes son claramente apartados del “nosotros” o incluso del “yo” que se considera distintivo o adalid de la organización. En efecto, uno de los elementos más sobresalientes en el discurso es, otra vez, la referencia al yo: yo empecé esta celebración, yo rindo un homenaje a quienes me han acompañado, yo exalto a los combatientes, yo los invito a comportarse de modo patriótico, yo escucho sus quejas, yo les entrego unos recuerdos, yo les hago ver lo valiosos que son, yo los llamo “mis hijitos”, yo los llevo en mi corazón y yo ruego a Dios por ellos. Todo eso está a cargo del yo. ¿Y qué pasa con ellos, con los combatientes? Ellos, los combatientes, son homenajeados ese día por acompañar la existencia del grupo armado. Ellos son escuchados, son exaltados e invitados a tener moral, a dar ejemplo, a comportarse como patriotas. En la medida en que es un día de ellos y para ellos, entonces se les habla de lo valiosos que son, reciben regalos —un reloj, una mudita de ropa, unos zapatos—, reciben condecoraciones por su valor y lealtad, y luego pueden charlar “de tú a tú” y conocer a los comandantes, de quienes reciben además bendiciones. La caracterización de las acciones que corresponden a cada una de las partes asigna un rol pasivo a los combatientes, no son los sujetos de la historia de la organización. Son objeto de un homenaje y de una exaltación, pero no son quienes actúan. Habría que ver qué tan diferentes son las celebraciones en las Farc o en cualquier otro grupo armado, pues es sabido que quien tiene más responsabilidad en el campo de batalla suele hablar de “sus hombres”. Sin embargo no “de sus hijitos”, y es en esa referencia familiar y paternalista donde encontramos otro rasgo distintivo de las Auc como formación elitista, pues a través de distintos recursos jerarquiza la relación nosotros-ellos.

Habría que estudiar con detalle los contenidos concretos que la referencia a los hijitos tiene en este contexto. Es claro que no se trata de los hijitos de la sociedad burguesa urbanizada, los hijitos que son la “alegría del hogar”, sino, más bien,

---

9 Al respecto, puede ser útil recordar que en la entrevista del comandante Carlos Castaño con Darío Arizmendi, aquél recuerda que su hermano Fidel le dio la formación que él tuvo, le enseñó la rectitud, la honestidad, los principios que su padre ya había cimentado pero que Fidel afianza. Incluso comenta Carlos Castaño que fue su hermano quien luchó para que él no fumara cigarrillo ni tomara aguardiente [...]. Por ahí pasa a nuestro modo de ver la relación con los hijitos (Auc, 2).

aquellos a quienes hay que guiar, enseñarles unos principios, enseñarles a trabajar, aquellos que hay que proteger e instruir<sup>9</sup>.

El comandante Camilo, en el discurso de desmovilización del Bloque Catatumbo, en noviembre de 2004, también bendice a los que lucharon a su lado y los llama “mis hijos” (Auc, 90), y Miguel Arroyave considera que la gente de su bloque “era su familia”, que “ellos darían la vida” por él y que sólo entre ellos “él se sentía bien” (Auc, 72).

Al lado de las referencias a los combatientes de la organización como “hijitos” o partes de la familia, el discurso de las Auc los convierte en objeto de formación y educación. Así, por ejemplo, en una entrevista, el comandante Mancuso comentó: “nosotros hemos sensibilizado las tropas no permitiendo que realicen determinadas acciones violentas como en principio tocó ejecutar” (Auc, 20). Aunque no es claro quién es el nosotros de la frase, sí es claro que es a la tropa a la que hay que sensibilizar para que no realice acciones violentas (Auc, 2, 81). En estos casos, las emociones se expresan como juicios sobre el propio comportamiento, se sostienen en el contraste con el comportamiento de los otros y se traducen en una valoración positiva, en un refuerzo del orgullo y el amor propio, pues los comandantes “no se sus traen” a los imperativos éticos (Auc, 62) y actúan por convicción y compromiso<sup>10</sup>.

Además de las preguntas sobre la motivación que guía el comportamiento de unos y otros, la relación entre comandantes y combatientes tiene un marcado carácter pedagógico (Auc, 31, 35). Pero tal vez la mayor evidencia del distanciamiento entre comandantes y combatientes dentro de la organización de las Auc y, por esa vía, del carácter “elitista” y “cerrado” del nosotros que caracteriza a tal grupo armado no reposa en la relación pedagógica, sino en la “vida misma” de los muchachos. Eso se desprende de la Propuesta de Incorporación a las Fuerzas Armadas que hacen Mancuso y Báez, donde se lee:

Nos preguntamos qué convendrá más a la atormentada sociedad colombiana: ver a millares de muchachos ociosos, hundidos hasta el fondo, sobreviviendo en medio de una ola terrible de violencia callejera, similar a la que vive El Salvador de la posguerra interna, o en las garras ansiosas y codiciosas de los ejércitos de los mercaderes de narcóticos, o atrapados en los anillos constrictores de la guerrillas comunistas tan urgidas de mano de obra. Para todas estas actividades, estos muchachos están perfectamente capacitados pues vienen de la universidad

---

<sup>10</sup> En las producciones verbales de las Auc hay un permanente esfuerzo por diferenciarse de las guerrillas. La construcción discursiva y emocional de tales diferenciaciones contrasta los valores éticos que motivan a unos y otros, el papel de las ideologías, el uso de la violencia y el conocimiento o la relación con la historia.

de la guerra. O, a despecho de los retóricos de la moral y de la ética pública, ¿prefiere la sociedad ver a estos muchachos desempeñando un oficio decente, en un organismo que el Estado disponga crear, vigilar y administrar, para evitar que la violencia de estos jóvenes vuelva por los campos de Colombia? ¿Por qué no pensar que la dura disciplina militar, aprendida para servir los intereses protervos de la guerra, pueda revertirse a favor de los intereses que demanda custodiar la paz? (Auc, 79)

Sorprende en este discurso que los combatientes terminan convertidos en “el otro”, en “estos muchachos” cuya violencia ya rondó “por los campos de Colombia” y a los que se les debería ofrecer un oficio decente. Se trata de un discurso emocional sostenido en recursos propios del efecto presencia —preguntas concretas, descripción detallada de situaciones— y de la retórica contrastiva que obligan al interlocutor a situarse de cara al problema. Varias frases del texto tienen a los jóvenes y su comportamiento por objeto intencional de la emoción. Así, por ejemplo, el juicio de entrada, “muchachos ociosos”, o la descripción “neutral” de la situación, muchachos “perfectamente capacitados [...] vienen de la universidad de la guerra”. En ambos casos, se produce una exaltación emocional del auditorio y se le pide que vea algo particular en “esos muchachos” y que no les hagan juego a “los retóricos de la moral”. Referencias de este tipo a los combatientes no se encuentran en el caso de las Farc, quizá porque en sus discursos ellas no aceptan hablar de desmovilización o reinserción y porque suelen evadir las distinciones entre los distintos camaradas<sup>11</sup>.

La controversia en torno al proceso de desmovilización de las Auc incidió en la producción discursiva de diferenciaciones entre los comandantes y los combatientes. A la hora de reclamar condiciones “dignas” para la reinstitucionalización, los líderes de las Auc enfatizan que la organización es un “empleador exitoso” de jóvenes rurales (Auc, 73).

Los combatientes son entonces ex desempleados a quienes los comandantes ayudan, invitan y capacitan. No podemos negar el “momento de verdad” que anima tales declaraciones pero tampoco podemos dejar de constatar que a través de

---

11 Esto no quiere decir que en las Farc no haya diferenciaciones entre combatientes y comandantes. Sólo recalcamos que los discursos de esta organización en los procesos de paz no hablan de ellas y que tal ausencia seguramente tiene que ver tanto con los “temas” y las coyunturas específicas que se enfrentan en las conversaciones de paz como con la existencia de un término especial, “camaradas”, que resalta el lazo de camaradería profunda que los ata como revolucionarios. Algunas investigaciones con desmovilizados se han aproximado al problema de las jerarquías dentro de la organización, pero el tema como tal requiere nuevas investigaciones (Cárdenas, 2005).

la referencia a la situación económica de los combatientes se produce una diferenciación entre ellos y sus jefes. Que esta respuesta, o mejor, esta forma de plantear el problema, avisa de la naturaleza elitista de las Auc es evidente si se recuerda el tratamiento que las Farc y, más puntualmente, Manuel Marulanda hacen del mismo problema. El líder guerrillero sostiene que las condiciones de pobreza operan como “factor revolucionario” para que más gente pida ingreso a la guerrilla. La situación de necesidad económica de los combatientes es utilizada, en el caso de las Auc, para ayudarles con un empleo, y en el caso de las Farc, para convertirlos en revolucionarios. No sobra señalar que, en uno y otro caso, la relación con el combatiente es situada y juzgada desde un repertorio emocional específico. Si están ahí por el sueldo, es una cosa, si son revolucionarios, es otra. El carácter emocional del discurso queda entonces escondido tras la referencia a la “situación” que explica el ingreso de los muchachos a la organización. Para terminar esta sección sobre la producción de diferencias entre “nosotros y ellos” dentro de la organización armada de las Auc como un indicio de su naturaleza elitista, recogemos una denuncia del comandante Martín Llanos sobre el comportamiento del comandante Miguel Arroyave. En una entrevista, Llanos sostuvo que ha habido luchas entre los bloques que cada uno dirige porque “alguno de los dos comandantes enfrentados no es autodefensa, juzgue usted. Este señor hace enfrentar y morir combatientes” (Auc, 26). No tenemos cómo juzgar la situación a la que Llanos hace referencia. Su crítica a que Arroyave “hace enfrentar y morir combatientes” es algo enigmática en este punto de nuestra comprensión del problema. Sin embargo, quisimos incluirla porque capta adecuadamente el tufillo “instrumental” y de distanciamiento con el que los comandantes de las Auc suelen referirse a los combatientes.

## CONSIDERACIÓN FINAL

Este capítulo ha mostrado que, en los discursos de los comandantes de las Auc sobre la definición de la propia organización, ésta aparece como una formación elitista orientada a la defensa. Se construye esa caracterización del grupo a partir de la identificación de distintas características de sus producciones discursivas: la preeminencia del yo, la insistencia en que son grupos regionales inscritos en la “normalidad social” los que activan o desactivan la organización armada, la recurrente apelación a fantasías glorificadoras que convierten a los comandantes en héroes o benefactores, y el permanente esfuerzo de delimitación del nosotros que orienta el aparato armado. El capítulo llamó la atención sobre la naturaleza emocional de esos discursos, sobre los juicios y valoraciones implícitos en distintos enunciados y sobre la tendencia a hacer reposar las emociones, como el orgullo y el amor propio, en recursos típicos de la retórica contrastiva.